

EL SIGLO MÉDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIODICO DE MEDICINA, CIRUGIA Y FARMACIA,

CONSAGRADO A LOS INTERESES MORALES, CIENTIFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MEDICAS.

PUBLICACION.

Se publica todos los domingos; formará un tomo cada año.
Los suscriptores pueden adquirir con un 10 por 100 de rebaja las obras publicadas en la Biblioteca de medicina y en el Museo científico.

SUSCRICION.

En Madrid 12 reales el trimestre, en la Redaccion, calle del Espejo, 17, pral.
En PROVINCIAS 15 reales el trimestre en casa de los comisionados, mediante libranzas.
En el Extranjero y Ultramar 80 rs. por un año, y 100 en Filipinas.

RESUMEN.

SECCION DOCTRINAL.—Sobre la doctrina del vitalismo del Sr. Chauffard.—**HIDROLOGIA MEDICA.** Memoria compendiada acerca de los baños minerales de Arnedillo, escrita por el médico-director de los mismos, D. José Herrera Ruiz.—**SECCION PRACTICA.** Efectos que el agua fria, sola y asociada á otros agentes, produjo en el tífus que se padeció en Montalbano (Cuenca) en 1859.—**SOCIEDADES CIENTIFICAS.** REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID. Memoria sobre el origen y vicisitudes de la terapéutica que han usado los cirujanos españoles en las heridas de arma de fuego, presentada para el concurso de premios de 1862 ante la Real Academia de medicina de Madrid.—**PRENSA MEDICA. ETRANJERA.** Estructura del bulbo olfatorio.—Procedimiento simplificado para la cura radical del varicocele.—Tratamiento de la fiebre tifoidea en el campo.—Elefantiasis de los árabes; buen éxito de la ligadura de la arteria femoral.—La creosota en la gangrena pulmonal.—**PARTE OFICIAL.** Ministerio de la Gobernacion.—Direccion general de Beneficencia y Sanidad.—Cuerpo de Sanidad de la Armada.—**REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.** Sesión literaria del día 31 de marzo de 1863.—**VARIEDADES.** La imprevisión en las clases médicas.—Cartas de un médico español que viaja por el imperio de Marruecos.—**CRONICA.**—ESTAFETA DE LOS PARTIDOS.—**VACANTES.**—**ANUNCIO.**—**FOLLETIN.**

SECCION DOCTRINAL.

Sobre la doctrina del vitalismo del Sr. Chauffard.

Las doctrinas médicas examinadas hasta ahora, aunque cada vez más próximas á su completa evolución, no llegan á reconocer la ley misma del movimiento en su primitiva dignidad; y por lo tanto, la subordinan siempre á la inmovilidad, tienen una tendencia á anularla, reduciéndola á esta última, y dan un fundamento poco sólido á la ciencia de la vida.

A pesar de todos los esfuerzos, continúa siempre dominando en medicina la tiranía de la sustancia, de lo absoluto, la ontología. Así lo hemos visto al examinar el sistema condecorado con el nombre de vitalismo orgánico, y así lo veremos también al ocuparnos en el vitalismo de otro autor moderno y muy recomendable, el Sr. Chauffard.

Los Principios de patología general del Sr. Chauffard constituyen un sistema, en el que abunda el buen sentido médico y una tendencia filosófica conveniente, aunque contrabalanceada por un germen de exclusivismo, que le desfigura siempre y que propende á crecer y desenvolverse precipitando de lleno á la doctrina en el error.

Merece, sin embargo, esta concepción médico-filosófica un estudio detenido; porque realiza el ideal de la ciencia de un modo muy aproximado al que comprendo ser legítimo. Es un sistema ordenado, con todos los pormenores que faltan al Sr. Pidoux, y aunque menos

Tomo X.

original, menos vigorosamente trazado que los fragmentos del vitalismo-orgánico publicados por este último, más concluido y correcto, sin que le falte tampoco brillantez en los colores, gala en el estilo é inspiración en el conjunto.

Hagamos ante todo un breve resumen del vitalismo del Sr. Chauffard. Distingue la doctrina del sistema: la primera es el conocimiento general, la noción superior, que consiste en la aplicación de las leyes esenciales del entendimiento al objeto de una ciencia. El sistema es un conjunto de esplicaciones relativas á una ciencia, fundadas en apariencias exteriores al objeto, en testimonios independientes de la sensación y ajenos á las nociones necesarias de la razón. De este modo abre un abismo entre lo esencial y lo aparente, y hace á la doctrina enteramente verdadera, y al sistema enteramente falso: Atribuye á los sistemáticos el papel de reformadores, y dice que este papel es detestable, á menos que consista en volver hacia la tradición, apoyando este pensamiento con las palabras de Stahl: *«Firma et constans est veritas, fluxæ sunt et evanidæ opiniones.»*

El autor distingue dos especies de patología general: una muda, inmóvil, que hace consistir toda la ciencia en los hechos dados: otra que fecunda el dominio experimental con la idea necesaria de causa y de fuerza. Escusado es advertir que se decide por esta última. «La verdadera patología general, dice, no se ocupa en abstraer y clasificar los fenómenos, sino en penetrar las realidades interiores y las leyes necesarias. Abordando la observación de los hechos con las nociones fecundas de causa y de fuerza, alcanza un conocimiento real y sustancial; abandona la superficie y la imagen de las cosas, para apreciar las cosas mismas; no se dá por satisfecha en el seno de una multiplicidad más ó menos simétricamente dispuesta, pero que no está regida por ley alguna; quiere llegar á la unidad, á la fuerza, que constituye en sustancia esta multiplicidad.»

Con arreglo á estos principios, define la Patología general como la «ciencia de las leyes generales que rigen la enfermedad,» ó bien «ciencia de las leyes necesarias de la vida y de la enfermedad.»

Como era natural, asienta que la patología debe establecerse sobre un concepto legítimo de la vida, y para llegar á este concepto, hace un examen crítico, severo y lleno de buen sentido y de sávia filosófica, del modo con que entienden la vida los sistemas materialistas, con todas sus variedades,—mecanicismo, quimismo y organicismo,—los fundados en las propiedades vitales,

el animismo y el doble vitalismo. Toda esta parte de la obra está escrita con una lógica vigorosa y es muy digna del estudio y meditacion de los médicos.

El criterio con que establece sus juicios daría ya á entender, á falta de otros antecedentes, su doctrina fundamental; puesto que asienta entre otras cosas, que la causa se realiza en el efecto, la fuerza en el compuesto, la unidad en la multiplicidad, y lo infinito en lo finito, constituyendo así la existencia-principio, manantial activo y fecundo de todas las existencias; que la fuerza, la atraccion, es la parte activa y constituyente, y la molécula la parte constituida, y que del mismo modo la vida es la que constituye, y la organizacion su resultado, no pudiendo haber organizacion sin vida. El cadáver es pura desorganizacion: entre la organizacion y el cadáver media un abismo.

Para el Sr. Chauffard la vida no es una fuerza sustancializada en sí misma, una pura abstraccion, sino una fuerza sustancializada en el compuesto que crea y penetra. En este sistema se aparta la consideracion de las cosas parciales y limitadas que nos ofrece la esperiencia; se la aparta tambien de la inmovilidad metafísica y abstracta de un principio de vida, y se la fija en una especie de esperiencia total y absoluta, contradictoria consigo misma, que viene á constituir el *desarrollo infinito* de la unidad, el verdadero infinito, ó la identidad absoluta de la unidad abstracta y de la esperiencia. «En virtud de estos principios, la vida, como toda existencia ó sustancia, comprende necesariamente una fuerza, y la realizacion infinita de esta fuerza; un elemento simple sustancializado sin fin por el compuesto; una causa y el efecto ó fenómeno que la traduce sin tregua al exterior; una unidad que se desarrolla en una pluralidad incesante; una actividad que se desenvuelve en una cadena continua de efectos.»

La vida es un *modo especial de existencia*, constituyéndola una fuerza *vital* como elemento activo y constituyente, y el *organismo*, compuesto realizado por la fuerza y que la realiza á su vez.

La vida es unidad; la unidad constituye su carácter primero y generador, y luego se desarrolla en todas direcciones con una admirable variedad. La fuerza

vital, causa y unidad, es inaccesible á los sentidos, que solo perciben los efectos y las cosas múltiples y divisibles.

«La vida penetra hasta los últimos átomos... Esta invencible y misteriosa accion es la condicion de toda unidad y de toda sustancia, pero no nos es dado sondear el abismo de su como... Parece que hay un punto en que la fuerza y la vida se identifican con el compuesto, haciéndose la fuerza una especie de materia simple y perdiéndose la materia en la actividad de la fuerza. Llegados á este punto nos desvanecemos, como dice Montaigne.»

La fuerza vital es la única que sufre la influencia del hábito, el cual llega á elevar ciertos abusos ó impresiones malas en sí á la categoría de modalidades propias de la vida general.

En una palabra, «la vida es una fuerza destinada á desarrollarse y á crecer incesantemente á espensas del mundo inorgánico, mientras le ofrezca este mundo condiciones de actividad, elementos de realizacion.» Limitándonos á considerar la vida en el individuo, deberá decirse que es «una fuerza emanada de seres vivos anteriores á ella y que se realiza en una evolucion orgánica de la misma especie que la evolucion vital de que procede, y cuya regla y fin último son el aumento ó la multiplicacion del ser.» Tal es la definicion de la vida en que se fija el Sr. Chauffard.

En cuanto á la enfermedad la define «una evolucion de actos anormales, producida por una impresion vital morbífica, que vence la resistencia de la actividad sana y provoca una tendencia activa al restablecimiento.»

La enfermedad es un modo, nunca un sér; pero con muchos y muy diversos grados de intension, desde el que apenas penetra la actividad sana, y se borra sin resistencia ante las fuerzas regulares y reparadoras de la vida, hasta el que se apodera de la vida entera, la apaga, la pervierte y se la asimila por completo. «La enfermedad, lejos de ser un sér, es la disminucion del sér; se traduce por este en *no ser*, y cuando este *no* invade al sér hasta el punto de parecer que el último debe realizarse en su opuesto, cuando la negacion propende á convertirse en afirmacion, se estinguen ambas definitivamente.»

es sin duda el acontecimiento más notable é imperecedero que registran los fastos de la humanidad doliente, y cuyo recuerdo solo ha de poder borrarse con la desaparicion completa de esta.

Siglos y siglos diezmaba á la familia humana la repugnante y mortal viruela, amontonando en los dilatados antros de la tumba generaciones vírgenes y lozanas, y ante su saña impia estrellábanse impotentes los esfuerzos de la ciencia. Ya el cansancio de repetidas tentativas sin éxito y el triste desengaño de mil y mil ensayos postraban á los encargados de vigilar por la salud, y el fatalismo sancionaba el funesto precepto de la conformidad más estóica en presencia de tan espantosa plaga, cuando el esclarecido ingenio de Eduardo Jenner, desde su apartado gabinete de meditacion, anunció al mundo el saludable antídoto de esta devastadora dolencia. ¡Bella y sorprendente conquista alcanzada por el saber y el estudio en un momento de inspiracion divina, que reservaba á su autor la tranquila aureola de una gloria inmarcesible, adquirida á costa de propios afanes sin menoscabo ni pena de los demás! Tan cierto es que los rasgos de valor é intrepidez, ó la adulacion y las pasiones, no tejieron siempre las brillantes coronas que orlan la sien de afortunados héroes, quienes tal vez al ascender al apogeo de la celebridad, dejan tras sí una huella ensangrentada de la que se destacan horribles escenas de desolacion y esterminio. Suele llegar á ella tambien, pero por distinto camino, algun varon esforzado, que sin otros medios que un santo celo por el bien de sus semejantes y fiado no más que en la ayuda de la Providencia, se abre paso

FOLLETIN.

ESTUDIOS FILOSÓFICOS Y MORALES

DE HIGIENE PÚBLICA Y PRIVADA,

por don Manuel Rodríguez Carreño.

CAPÍTULO VII.

BREVES CONSIDERACIONES SOBRE ALGUNOS AGENTES PRESERVATIVOS.

ARTÍCULO I.

La vacuna.

Sobre el hombre meditas,
Los resortes recónditos buscando
De la frágil y misera existencia,
Y su velo rasgando
Los arcanos descubres de la ciencia.

RICARDO LOPEZ ARCILLA.—(Oda á la medicina.)

Hay sucesos tan extraordinarios y trascendentales en la historia de la humanidad, que en vano el poder del tiempo y la enconada oposicion de extraviados sistemas intentarán oscurecer ni aun amenguar su importancia. El feliz descubrimiento de la vacuna por el filósofo de Berkeley, astro de consuelo y bonanza, aparecido al hombre en medio de los innumerables males que trabajan su débil existencia,

«Tal es la enfermedad en sus diversos grados; marchando desde lo efímero hacia lo permanente; desde el accidente hacia la sustancia; desde un modo apenas perceptible, hasta un modo que toca al sér, pero sin perder nunca el carácter inferior del modo para adquirir el del sér mismo. El sér pertenece siempre á lo que queda sano en la economía.»

Entrando en la etiología se decide, como era consiguiente, por considerar la vida como causa, y de ningún modo como resultado. La vida, dice, no puede ser si no resultado ó causa, y no uno y otro al propio tiempo, fundándose sin duda en que á esto último se opone el principio de contradicción: en cuyo pasaje se echa de ver que no abandona la antigua lógica, por más que su doctrina esté fundada principalmente en la nueva.

Condena el partido que toman Baglivi y otros médicos de renunciar al estudio de la causa próxima, de la naturaleza íntima, de las enfermedades, y añade que hubieran debido detenerse á reflexionar por qué habían pensado siquiera en tales investigaciones, y si su misma definición de la enfermedad implicaba la necesidad del trabajo que condenaban. Así es que la conducta de estos médicos desmentía á menudo sus propósitos, y nunca dejaban de discurrir sobre esa causa próxima que suponían inapreciable.

Para terminar la exposición de esta doctrina etiológica, dejemos hablar al Sr. Chauffard, extractando simplemente algunos párrafos de su obra.

En cuanto á las investigaciones hechas con el objeto de reemplazar la causa íntima con la causa experimental ó el primer fenómeno morboso apreciable exteriormente, dice que no podían conducir á ningún resultado positivo.

Divide las causas en verdadera causa morbífica y ocasión morbosa. La causa es «la razón interior y generadora de los fenómenos; la unidad engendrando la pluralidad; la fuerza realizando el compuesto; la actividad animando la sustancia; lo infinito desarrollando lo finito.»

«La alteración física ó química no constituye la ver-

dadera causa de la enfermedad, solo es la *ocasion* mientras subsiste en el orden físico. La causa aparece entera cuando la alteración es sentida por la vida y se efectúa la impresión morbosa; hecho vital y causa real de la enfermedad.»

La predisposición consiste en las inclinaciones y repulsiones que relativamente á la enfermedad tienen los diversos organismos. Cada uno concibe el mal á su manera y según su modo vital particular.

Las causas determinantes y ocasionales no son más que ocasiones morbosas más ó menos directas y especiales. La causa morbífica real es siempre distinta y de un orden superior.

«La enfermedad no es más que la causa morbífica desarrollada en sus efectos adecuados: ninguno de los fenómenos morbosos que se suceden deja de tener su razón representativa en la causa...» «Toda causa *contiene* necesariamente en sí la serie de sus efectos, los cuales no podrían concebirse fuera del esfuerzo productor.»

Las causas físicas, las lesiones orgánicas, son causas segundas, que aunque no carecen de utilidad, solo concurren indirectamente al conocimiento de la causa y de la enfermedad.

«La acción morbígena no se ejerce sobre un organismo pasivo, por un esfuerzo de lesión, por el choque directo de una potencia física ó determinando nuevas combinaciones químicas. Esta causa promueve la evolución patológica, porque es la vida afectada y reactiva á un tiempo. Todo esto depende de la vida, y el orden vital, superior y sobrepuesto al orden físico, difiere de él radicalmente y no puede concebirse bajo noción alguna que les sea común. La causa morbífica sufre la excitación más ó menos perceptible de una ocasión extraña, y bajo la influencia de esta emoción causal, la economía afectada concibe la evolución patológica, la engendra en su seno viviente y fecundado por la impregnación morbosa. La causa morbífica es la concepción inicial, la generación espontánea de los primeros elementos afectivos. Siguiendo la vida sus leyes y su fin propios, desarrolla esta concepción en una evolución regular de actos proporcionados.»

¡Inestimable presente del cow-pox, cuyo hallazgo costará á su autor muchos lustros de incesantes trabajos, que tan notoriamente ha vencido á la muerte en una de las dolencias más graves y asquerosas y que ha secado torrentes de lágrimas á todas las madres, por una indiferencia que no encontramos frases bastantes para calificarla, ha perdido mucho del aprecio en que debía tenerse, dejando por esto de producir todo el bien que podía.

De seguro que hoy si la sombra respetable de Jenner saliese de su lecho de piedra para examinar el uso que ha venido á hacerse del precioso descubrimiento que nos legara antes de encerrarse en él para siempre, y que plugo á Dios hacer brotar de su preclara frente, su justa indignación nos ruborizaría el rostro y haría temblar nuestras fibras. ¿Dónde están esas corporaciones científicas y las filantrópicas asociaciones en que germinara tan saludable invento, encargadas de velar por la pureza de él y su buena conservación, de difundirlo y disponer su metódica y conveniente aplicación para que sea tan útil como debe? (1) ¡Qué amargo es confesarlo! Las Academias y Subdelegaciones médicas, competentes tutelares de tan heroico agente, han caído marasmódicas al soplo impetuoso de las reformas y de las estralimitaciones, y á su inteligente y previsora aptitud ha sucedido la inacción más lamentable, dando plaza en este asunto al charlatanismo, á la ignorancia y la estafa. Ved, sino, esos repugnantes curande-

(1) El Instituto médico valenciano es una honrosa excepción y merece por su celo y filantropía toda nuestra gratitud y admiración.

por entre todo género de obstáculos y contrariedades hasta dar cima á alguna idea grandiosa, siendo en justicia, si no más, tan acreedor como otros á la veneración de los hombres, que acaso pagan con el desden y el sarcasmo sus generosas elucubraciones. Mas no debe extrañarnos tan rara decepción: que es demasiado infiel la balanza del criterio humano para poder apreciar bien el valor de la modesta virtud y de la sublime abnegación, y no todas las veces merecieron las más nobles acciones el entusiasta aplauso con que fueron saludadas las proezas de bravos campeones ó los inventos de hábiles mecánicos, siquiera ellos arrancasen antes á la humanidad un grito de profundo dolor.

La aparición, pues, del hermoso preservativo de la viruela en el vasto campo de la profilaxis de las enfermedades y el nombre del célebre médico que lo descubrió, serán á pesar de todo, el pasaje más interesante y consolador que se haya inscrito en el libro secular de la ciencia, y el motivo más plausible entre los hombres sensatos y agradecidos para demostrar todo su reconocimiento hacia aquel.

Así lo comprendió sin duda el Parlamento de Inglaterra, patria feliz del ilustrado Jenner, al concederle un premio de cuatro millones de reales en pago de sus eminentes servicios, y al mandar después se perpetuase su memoria en una lujosa estatua de mármol que fué colocada en la iglesia mayor de Gloucester.

Desgraciadamente hoy, y esto sale de nuestros labios con el acento de la más cruel amargura, en nuestro país, como todas las cosas que tienen relación con la higiene pública, el

Las lesiones quirúrgicas son simples accidentes. Todo lo que tienen de verdaderamente morboso lo deben á la impresion que recibe la vida á consecuencia de dichos accidentes físicos. Esta es siempre la verdadera causa morbífica.

«La intuicion de la causa morbífica es el fundamento real de la ciencia de las enfermedades... sin ella solo se puede obtener una historia natural de los caracteres físicos de la enfermedad, y en el arte un grosero empirismo... El sintoma es solo la parte exterior de la enfermedad.»

Así pues, los síntomas y las lesiones no pueden darnos á conocer una realidad morbosa ni la causa que la constituye, y sin embargo, estos mismos síntomas y lesiones son los que nos permiten llegar al conocimiento de la causa morbífica, y por consiguiente á la posesion de la enfermedad. La razon es la necesidad de no emplear en medicina los métodos analíticos puros, sino unidos con los sintéticos, apoyándose en las bases de lo inmutable, y abordando los hechos, no como los ofrecen los sentidos, sino á la luz de las verdades primeras.

El entendimiento es el que agrega á los síntomas y lesiones la idea fecunda de causalidad y de fuerza, y los convierte así en una realidad positiva.

«La vida, como causa y como fuerza, está absolutamente cerrada al orden físico: todo en ella es impresion, afeccion, intussuscepcion, generacion, modos de actividad, cuyo misterio sensible, lejos de dejarse penetrar por nosotros, ni aun existe, puesto que pertenecen á otro medio y otro orden que el medio y el orden sensibles. Así pues, la causa morbífica y la enfermedad, como la esencia misma á que pertenecen, no podian revelárenos bajo una figura física, por vaga y elérea que se la imagine.» Es por lo tanto, la causa morbífica una abstraccion; pero tal como es, representa exactamente la enfermedad: concibiéndola de un modo concreto, implicaría un juicio erróneo de la misma enfermedad.

La division de las causas deberia establecerse solo relativamente á las causas morbíficas reales, al conjunto de las modalidades afectivas.

ros y petulantes mujeres, mejor diríamos brujas enfadosas, que armados de sendas agujas practican en coro la inoculacion de la vacuna abrogándose las facultades que solo corresponden á probos profesores. Sea ó nó de buena procedencia el virus, haya llegado ó nó á perfecta madurez para que produzca sus efectos, se encuentren sanas ó enfermas las criaturas á las cuales se incuba ó de las cuales se extrae, poco importan estas atendibles circunstancias para personas á quienes alienta la ignorancia y el disimulo habilita en la práctica de esta operacion, que miran los padres con tranquila confianza sin cuidarse de meditar sobre las consecuencias de abuso tan reprehensible y trascendental. De aquí la frecuencia de las epidemias variolosas parciales y de su insidia cuando se desenvuelven, porque en verdad, la mayor parte de los niños vacunados en tales condiciones no lo están realmente, apelándose al expediente «de que no tienen humor de viruelas» cuando la impotencia del preservativo que se les aplica no permite el desarrollo de las legítimas pústulas, como debe suceder en estos casos, y dejando á dichos niños desamparados de tan protectora égida, para ofrecerlos despues victimas indefensas en holocausto de la matadora dolencia. Una práctica de diez y seis años nos lo ha patentizado así; y siempre nos hemos preguntado llenos de asombro á la vista de tanto desman y de tan punible desconcierto en asunto de tal monta: ¿es posible que la joya más rica de la profiláctica de los males haya venido á ser posesion de las personas menos competentes, y no se ponga nunca remedio á tan perjudicial sistema, que priva barbaramente á la porcion más bella y

Tal es en resumen la teoría del Sr. Chauffard respecto de la importantísima cuestion de las causas patológicas. Prosigamos ahora el análisis hasta examinar las aplicaciones más interesantes de esta doctrina á los diversos puntos de la ciencia.

Este será el objeto del artículo inmediato.

NIETO SERRANO.

HIDROLOGIA MÉDICA.

Memoria compendiada acerca de los baños minerales de Arnedillo, escrita por el médico-director de los mismos, DON JOSÉ HERRERA Y RUIZ.

Durante el periodo menstrual deben las mujeres suspender por completo el uso de los baños, chorros y estufas; y es preciso esperar á que la menstruacion haya terminado por completo, para empezar esta medicacion; pues de no tener estas precauciones, pudieran suprimirse repentinamente las reglas, ó sobrevenir un flujo demasiado abundante.

No es posible señalar de un modo fijo el número de dias que los enfermos deberán emplear en el uso de estas aguas: el sexo, la edad, el temperamento, el estado de fuerzas del paciente, las circunstancias y el carácter de la enfermedad, y la accion de las mismas aguas más ó menos prontamente desarrollada, son otras tantas causas que hacen muy variable el tiempo por el cual deban usarse.

Es ridiculo y eminentemente ridiculo creer, — como muchos enfermos creen, — que todos (cualesquiera que sean sus circunstancias) las pueden y deben emplear por igual número de dias, siendo así que las condiciones del paciente y de su mal pueden hacer que varíe de un modo muy notable. Es una cosa enteramente fuera de razon el pretender que precisamente nueve dias de esta medicacion es la medida apropiada á todos los enfermos, sea cualquiera su edad, sexo, temperamento y fuerzas del momento; y sea cualquiera la enfermedad, la antigüedad de esta, su intensidad, su periodo y demás circunstancias. Es una cosa enteramente fuera de razon pretender que precisamente nueve dias de este tratamiento por las aguas minerales de Arnedillo deben curar ó aliviar de una manera estraordinaria las enfermedades, cualesquiera que ellas sean, y aun cuando en todo el tiempo de su duracion hayan sido inútiles los medios mejor indicados y seguidos con la mayor oportunidad y constancia, quizá por años enteros. — No obran cuerdateamente todos los que abandonan este remedio al décimo dia de su llegada, ya por creer que nueve son ó deben ser suficientes en todos los casos, ya

numerosa del género humano de todas las ventajas y seguridades que la concediera un presente tan consolador y benéfico?... Las autoridades á quienes está fiada la custodia de la higiene pública, manantial fecundo de vida y felicidad para los pueblos, creemos no deben desatender por más tiempo la correccion seria de los abusos referidos, ni olvidar en sus humanitarios é ilustrados esfuerzos el dictar las medidas necesarias para que la circulacion de la vacuna se haga de la manera digna y provechosa que corresponde á su importancia y á las cultas y caritativas tendencias del siglo en que vivimos. Si otra cosa sucediese, si dejando relegado al desprecio objeto tan vital é interesante, las epidemias de viruelas viniesen á arrebatrar la vida á miles de criaturas, que no se engrían por eso los intransigentes detractores de la vacuna achacando tales desastres á su impotencia preservadora, que ni tan dolorosos resultados, ni las infundadas aseveraciones de aquellos podrán debilitar nunca entre los profesores imparciales la fé que les merecen las incontestables virtudes profilácticas de este bello recurso higiénico.

Busquen el origen de dichos males y la ineficacia del remedio en los descuidos con que se obtiene y conserva, y en la negligencia de las familias en aplicarlo á los niños oportuna y convenientemente, y no se prevengan contra la esencialidad de los hechos por el resultado aparente de ellos; que nosotros, obedeciendo á la voz de nuestras convicciones y á los impulsos de la caridad, seguiremos aconsejando siempre la previsora práctica de la inoculacion de la vacuna.

(Se continuará.)



porque en los anteriores ó desde el principio no han obtenido los efectos saludables apetecidos: efectos que tal vez estaban próximos á conseguir si hubiesen continuado con las aguas por todo el tiempo necesario.

Antes de emprender el viaje de regreso á sus hogares, deben los enfermos dejar pasar uno ó dos días después de haber concluido la medicación y dedicarlos al descanso. Cuando vuelvan á sus casas deberán hacerlo á pequeñas jornadas, sin fatigarse y con las menos incomodidades que sea posible.

Después de usar las aguas minerales de Arnedillo. Es preciso que los enfermos sigan, por lo menos durante un mes ó cuarenta días, el mismo buen método que tuvieron mientras las usaron; pues es harto frecuente que no aparezcan los saludables efectos apetecidos hasta algún tiempo después de haberlas empleado.

Como no sea indispensable por circunstancias particulares, consecutivas ó accidentales, los bañistas no deben hacer ningún remedio mientras dure la cuarentena; y en caso de necesidad deberán hacerlo siempre según lo disponga el profesor de cabecera.

La acción medicinal que las aguas minerales de Arnedillo ejercen en la economía, se prolonga indudablemente por bastante tiempo después de haberlas usado. Es muy frecuente observar casos de curación ó de notabilísima mejoría gradual y progresiva durante los cuarenta, cincuenta y aun más días subsiguientes al uso de este remedio, en muchos enfermos que, habiéndole empleado convenientemente, salieron del establecimiento con poco ó ningún alivio. Ahora bien, no siendo posible atribuir semejantes cambios favorables al influjo de otros medicamentos, porque ninguno usaron después de las aguas, y no pudiéndose referir tampoco a la influencia de los modificadores exteriores ó condiciones higiénicas (porque los enfermos regresaron á sus mismas casas, volvieron á vivir en los mismos sitios de su residencia habitual donde subsistían las mismas circunstancias de localidad que antes, siendo el clima el mismo é idénticas las cualidades atmosféricas y topográficas; porque volvieron también á usar los mismos alimentos, á seguir el mismo género de vida, los mismos hábitos y á experimentar los mismos efectos; y para decirlo de una vez, porque volvieron á colocarse exacta y puntualmente bajo las mismas influencias de todas clases, que fueron inútiles antes de pasar á hacer uso de las aguas), no pudiéndose atribuir, repito, los buenos efectos obtenidos entonces á aquellos modificadores, hay sobrado motivo para creer fundada, lógica y razonablemente, que las aguas minerales de Arnedillo habían estado obrando en el organismo, y produciendo de un modo lento y gradual modificaciones y cambios saludables durante todo aquel tiempo.—De aquí resulta la necesidad de no hacer uso, durante el espacio denominado cuarentena, de ningún medicamento sin una nueva y poderosa causa. Por este medio se conseguirá no interrumpir, no neutralizar tal vez los cambios que se operen ó puedan operarse en la economía, pues cualquier remedio empleado entonces no solo pudiera impedir que continuara desarrollándose y desenvolviéndose la acción de estas aguas, sino inutilizarla por completo.

Cuando las aguas minerales de Arnedillo solo hubieren producido algún alivio, será conveniente repetir su uso, si siguiere indicado, después de cuarenta ó cincuenta días, y en la temporada inmediata.

Todo cuanto dejo dicho acerca de la utilidad y conveniencia de las aguas minerales de Arnedillo en los casos y circunstancias que he espuesto, y todo cuanto he manifestado respecto á las virtudes medicinales de las mismas aguas, es el resultado de mi práctica y observación por muchos años al lado del manantial. Poseo gran número de casos prácticos y de historias redactadas, que comprueban lo que dejo dicho sobre el remedio natural, cuya dirección me está encomendada. Entre las mencionadas historias se deben contar las que, respecto al reumatismo, espresé en la memoria anual presentada el año 1860.

No espongo aquí las relaciones históricas como comprobantes de cuanto queda espuesto: 1.º, porque juzgo que será creído aun cuando las omita; 2.º, por no ser ahora demasiado difuso; 3.º, porque si lo hiciese, no correspondería esta memoria á la cualidad de compendiada que me he propuesto darla, y 4.º, porque las reservo para cuando este escrito llegue á ver la luz pública convenientemente ampliado.

Bibliografía. Muy escasos son los datos que suministran los escritos publicados acerca de los baños de Arnedillo. Verdad es que las citan todas las obras que hablan de las

aguas minerales de nuestra Península; pero también es cierto que casi en todas ellas no se hace otra cosa más que una ligera indicación de las mismas.

El cordobés Ambrosio de Morales (en el libro impreso en 1575, pero que no se publicó hasta 1577, después de acabado el 2.º tomo de la *Crónica general de España* principiada por el Maestro Froilan de Ocampo y continuada por aquel) mienta como muy famosos los baños de la Rioja; pero sin darles su verdadero nombre. Del propio modo se citan en la obra del mismo Morales, titulada *Descripción de España*, artículo *Sobre la excelencia de la tierra de España y su gran riqueza, fertilidad y cosas señaladas* (año 1792).

Limon Montero, natural de Puerto-Llano, trata sucintamente de los baños de Arnedillo en su *Espejo cristalino de las aguas minerales de España*, impreso en 1697.

D. Juan Martínez de Zaldueño (alias Aguirre), médico de la ciudad de Vitoria, publicó en 1699 un tomo con el título *Baños de Arnedillo y remedio universal*, etc.—La primera parte de esta obra ó sea el primero de los cuatro libros que contiene, habla de los mencionados baños; pero con justísima razón dice el erudito D. Antonio Hernández Morejon: «nada de notable tiene esta obra, cuya primera parte, que es la concerniente á nuestro objeto por tratar en ella de las aguas de Arnedillo, está reducida á un corto número de hojas...» «y aun es inferior á lo que se podía esperar de los escasos conocimientos médico-químicos de su tiempo.» (*Historia bibliográfica de la medicina española*.)

Gutiérrez Bueno publicó en Madrid, el año 1801, una memoria que describe la análisis química que hizo de las aguas de Arnedillo.

En 1806 se publicó en Madrid un folleto anónimo, que se cree es del Sr. Prust, con el título de *Ensayos sobre las aguas de Arnedillo*, en el que se trata ligeramente de su análisis química.

Antes de los dos últimos autores que acabo de citar, publicó el Sr. Trespalacios y Mier, persona extraña á la medicina, un folleto, en el cual dió algunas noticias de Arnedillo, tal vez con el siniestro objeto de tener así ocasión de censurar la codicia de los vecinos de dicha villa, y la poca comodidad que sus casas ofrecían entonces á los bañistas. El mencionado folleto se imprimió en Madrid hacia el año 1799.

Ultimamente, D. Francisco Verdejo y Paez en su *Descripción general de España é islas adyacentes* (1827), dice en la página 363 lo siguiente: «Cerca de la villa de Yangüas se halla el nacimiento del río Cidacos, sobre el cual se halla poco después la villa de Arnedillo, en terreno quebrado y de monte, con fábricas de paños bastos, y notable por sus baños de aguas termales, cuyo calor es de 42º del termómetro de Reaumur, y que tienen en disolución 50 granos de sal marina por cada libra de agua. Acuden á tomarlos gente de toda España, y hallan en ellos alivio un gran número de dolencias, siendo comparables á los de Bareges, en Francia; sin tener estos otra ventaja á su favor que lisonjear el prurito de los españoles de apreciar lo extranjero, desdenándose de este y otros muchos beneficios que la provida naturaleza derrama con profusión en el dichoso suelo que habitamos.»

JOSÉ HERRERA Y RUIZ.

Baños de Arnedillo 2 de Julio de 1862.

SECCION PRÁCTICA.

Efectos que el agua fría, sola y asociada á otros agentes, produjo en el tífus que se padeció en Montalbanejo (Cuenca) en 1859.

Con el tífus y procedentes de la cárcel de San Clemente, donde se había desarrollado esta enfermedad, llegaron á Montalbanejo en la tarde del 16 de enero de 1859, dos hombres, naturales y vecinos de este pueblo, pastores de oficio. De los pastores se propagó la enfermedad á sus familias, de estas á otras y así sucesivamente, hasta llegarla á padecer cerca de 200 personas, que es algo más de la quinta parte de los habitantes que tenía la población. Duró todo el año y murieron 12 de los invadidos, y por haberlo sido sus madres, y en su consecuencia hambrientos y abandonados, algunos niños que estaban lactando.

Cuando con tan funesto presente, y en virtud de *sábias disposiciones higiénicas*, llegaron los pastores á Montalbanejo, no había en el pueblo más enfermo que una mujer que tenía una pleuresía. Bueno es advertir que Montalbanejo, por

estar situado en el extremo de una sierra bastante elevada que cae entre O. y N., se halla bien ventilado, y es raro el día, hasta los de más calma del estío, que no haga aire.

Hasta el primer tércio del mes de mayo habían pasado el tífus más de 50 individuos y solo muerto dos; pero en lo restante del mes murieron otros dos, y tres más en los primeros días de junio, de 20 que fueron invadidos en este tiempo, quedando todavía algunos en mucho peligro.

Este estado ya alarmante, llegó á serlo más, por la mayor gravedad que presentaban los nuevamente invadidos, que también lo eran en mayor número que antes. La epidemia entraba en su apogeo; y con los calores intensos y anticipados de aquel año, se modificaba en su modo de ser: el elemento catarral que le había acompañado hasta junio, fué reemplazado por el bilioso.

Hé aquí el por qué, decía yo, del insuceso de un tratamiento con el cual hasta hacía poco se habían obtenido tan buenos resultados, ¡y quizá á pesar de él! Tratamiento que consistió en uno ó dos eméticos dados lo más cerca que fué posible de la invasión; en agua de naranja tibias, infusiones de flor de malva, zaragatona, etc., en tanta cantidad como la deseaban los enfermos, durante el primer período y por todo el tiempo que se creían necesarias; en caldo, algunas cucharadas de vino, cocimiento ó tinturas de quina, y algun alcanfor en polvo, por lo comun luego que llegaba el segundo período; en lavativas, siempre que su uso se consideraba útil, y en tanta ventilación y aseo como era posible.

No se ha hecho mención de las sangrias, porque las pocas que se practicaron en el primer período, distaron mucho de dar los resultados inmediatos que eran de esperar, y porque luego prolongaban la convalecencia.

El tártaro estibado producía mejores efectos; pues por de pronto aliviaba á los enfermos. La buena acción de este agente se esplica, por predominar en los habitantes de Montalbanejo el temperamento bilioso.

Reseñada la aparición del tífus en Montalbanejo en 1859, su propagación, tratamiento y resultados que este dió hasta primeros de junio de dicho año, ocupémonos ya de los medios con que se combatió la epidemia, desde esta época hasta el otoño.

Tomando en consideración los reveses que acababa de sufrir y los muchos que me esperaban, por el incremento y modo de ser que había adquirido la epidemia, me puse á meditar sobre el tratamiento que debía seguir, vista la poca eficacia que últimamente había dado el que se ha referido. El hidroterápico se me vino á la imaginación. ¡Y cómo no, si hacía poco tiempo que había leído con mucha fruición el *Tratado práctico y razonado de hidroterapia*, del Sr. L. Fleury! Por si mis recuerdos eran infieles, hojeé de nuevo dicho Tratado, y vi con gran satisfacción los resultados que Currie obtuvo en la epidemia de tífus que en 1786 trató en el hospital de Liverpool con las afusiones frías; los que había obtenido con la medicación refrigerante en los tifoideos el Dr. Jacques desde 1839 á 1846, y para no ser difuso, lo que el mismo Sr. Fleury dice de lo conseguido por él en esta clase de dolencias con la hidroterapia.

Aunque hubiese exageración en lo que refieren los señores que se acaban de citar, al fin la hidroterapia quedaba, ó mejor dicho, debía considerarse como cualquiera otro tratamiento, que no se debía desear, sin pasarlo por la piedra de toque. Además, me inspiraba mucha confianza el autor del libro que tenía á la vista, y no olvidaba que también lo era en compañía del Sr. Monneret del *Compendium*.

Me decidí por el tratamiento hidroterápico, y pronto pude decir lo que Fleury en el prefacio de la 2.^a edición del Tratado referido: *ulca jacta est*. Si, la suerte estaba echada, y al primero que le cupo fué á un hijo de Dimas Romero, que acababa de perder á su madre del tífus.

Cuando se empezó el tratamiento en este muchacho, que era de unos 13 años, estaba en el día 10 de la enfermedad, y se encontraba: con mucha adinamia y delirio, escurriéndose hácia los pies de la cama; con anchas, confluentes y lividas petequias; pulso confuso; calor quemante de la piel, y deposiciones involuntarias.

Basta lo referido para comprender la gravedad en que se hallaba el enfermo; ¡y sin embargo, ocupaba la misma cama de donde pocos días antes habían sacado á su madre difunta, y acaso sin lavar ó mal lavada la ropa!

Las afusiones frías, las bebidas de la misma naturaleza, la quina, el alcanfor, la ventilación y el aseo hasta donde se pudo llevar, salvaron á este enfermo.

Según las circunstancias en que se hallaban los enfermos,

así se les aplicaba el tratamiento; por manera, que á unos se les chapoteaba la cabeza y vientre, y á otros se les echaba con un cántaro ó otra vasija, vertiéndola con lentitud, ó bien con regaderas de chorros muy finos que tardaban dos minutos en desocuparse; pero á todos en la exacerbación ó recargo, cuando el calor se hacía más quemante, si no se les presentaba sudor. Luego que se les había echado el agua, se les enjugaba, se les ponía la camisa y volvía á la cama á los que de ella se habían sacado para los riegos, y se advertía á los asistentes repitieran la operación cuantas veces notaran mucho aumento de calor y desasosiego, con tal que no sudaran los enfermos. Mientras se les echaba el agua y se les enjugaba, se mudaba la ropa sucia, si había con que hacerlo. Un emético se les daba tan cerca como era posible de la invasión; y en el mismo día por la tarde se empezaba el tratamiento hidroterápico, que, con bebidas acidulas ó del gusto de los enfermos, duraba hasta que quedaba regularizada la marcha de la dolencia y por lo mismo sin síntomas alarmantes. Este tratamiento era seguido de caldo, vino, quina, algun alcanfor en polvo, y lavativas de cocimientos de malvas ó de agua de pozo.

El agua que hidroterápicamente se empleó en la epidemia que nos ocupa, era de los pozos del pueblo, que es muy salobre, por estar en contacto con piedras de yeso. Su temperatura es de 10 á 12° centígrados en invierno, y de 2 ó 3 más en verano.

Las primeras veces que se regaban, ó de otro modo se echaba agua fría á los pacientes, experimentaban sensaciones incómodas, pero sin estrañarlos, por estar prevenidos, seguidas de mucho bienestar; por cuya razón pedían no pocos con insistencia los riegos ó lavatorios, como sucedió con la mujer de Francisquete, quien hacía que una niña que tenía de nueve años y que ya había pasado el tífus, le echara agua fría en la cabeza con una olla, sin embargo de hallarse con la menstruación.

Aunque al paso que hemos dicho lo que constituía el tratamiento del tífus desde los primeros días de junio en adelante, hemos indicado algo de los resultados que dió, vamos, sin embargo, á referir dos historias:

D.^a Maria Ignacia Carralero de Correa; alta; bien constituida; de 40 años; casada; madre de cinco hijos, de los que el menor tenía más de tres años, notó los primeros síntomas del tífus el 24 de agosto, estando con la menstruación.

En esta señora, que sentía fuerte dolor de cabeza y amargor de boca, que tenía amarillenta la cara, zumbidos, vértigos, calor poco aumentado, pulso poco desenvuelto y poco más de 90 latidos por minuto, no se empleó otro tratamiento que bebidas frescas un poco aciduladas y algunas lavativas laxantes hasta la tarde del 29 de dicho mes, en que desapareció la menstruación.

De ansiedad fueron los días trascurridos desde el 24 al 29 de agosto, por irse empeorando la enferma, y por la expectación á que nos había condenado la función fisiológica referida, que en el caso presente era influida por el estado general, puesto que había estado aumentada, á pesar de no haber tomado más que agua la paciente.

A los pocos momentos de regarla por primera vez, se encontraban exacerbados todos los síntomas referidos; habiéndosele presentado una hiperestésia tan molesta en la piel de la frente, que al pasarle los dedos por esta parte, prorumpió en gritos. Mucha agitación y calor quemante, completaban el cuadro patológico.

Un riego de dos minutos con agua á 14° centígrados, puesta la enferma en un recipiente adecuado, se le dió á las seis próximamente de la tarde del 29 de agosto. Pasadas dos horas de haberla regado la volvió á ver, y al preguntarle por la sensación que le había producido el agua fría, me contestó que muy mal; que le parecía que había recibido una lluvia de plomo.—Y despues, ¿qué ha notado Vd.?—Mucho bienestar, que sigue, y la desaparición del dolor de cabeza.

Este no se volvió á presentar, ni tampoco la hiperestésia.

Con los riegos se siguió cinco días más, dos ó tres algunos, desde media tarde hasta bastante adelantada la noche, para ser reemplazados con la quina, etc., luego que estuvo regularizada la marcha de la enfermedad.

Esta enferma entró en convalecencia el 13 de setiembre.

D.^a Aureliana Correa, alta, nerviosa, de buena salud habitual, de 23 años y soltera, entró en cama con el tífus el 16 de setiembre por la tarde, sin embargo de haberse encontrado mal aquel día y todo el anterior.

El 17 por la mañana tomó un vomitivo y por la tarde recibió un riego.

El 18 amaneció con la menstruación, sin que por esto se dejara de regar por la tarde.

Con un riego de dos minutos por las tardes, ó al anochecer, con agua de 14 ó 15° centígrados, y bebidas á gusto de la enferma, que empezó á usar por todo tratamiento, desde la tarde del 16, siguió hasta el 22; siendo de advertir, que si disminuía la menstruación en las exacerbaciones vespertinas, se regularizaba con los riegos.

En este día, á las cuatro de la tarde y con mucho calor, pasamos á ver la enferma mi buen amigo, el estudioso médico D. José Escuder, titular del Corral de Almaguer, y el que emborriona estas cuartillas, y la encontramos con delirio, agitación, lentores, ventana de la nariz pulverulenta, sordera, ruido de oídos, muchas Petequias, calor quemante de la piel, 120 pulsaciones por minuto y la menstruación suprimida.

—Examine Vd. bien la enferma, dije á mi buen amigo, por si lo que tiene es el tífus, según creo, á fin de que pueda usted dentro de poco juzgar prácticamente de los efectos de la hidroterapia en esta enfermedad.

Al separarnos de la cama ordenamos se le diera un riego de tres minutos, y que mientras durase le echáran chorros con una jeringa de la misma agua, cuya temperatura era de unos 15° centígrados, sobre las caderas y parte superior de los muslos.

Poco después de esta operación volvimos á ver la enferma, y por conocer á mi amigo desde mucho antes, lo recibí sonriendo y con placer, como hacen las jóvenes bondadosas y bien educadas, y por el que tiene todo enfermo de ver inesperadamente en lances apurados á un médico que le inspira mucha confianza.

—¿Cómo se encuentra Vd? preguntó mi amigo á la paciente. —Muy bien, D. José. —¿Qué es lo que Vd. siente ahora? —Un placer, un bienestar muy grande. —Y la cabeza, ¿cómo la tiene Vd? —Muy bien, muy despejada. —¿Qué sentía Vd. antes de echarle el agua? —Un malestar muy grande; deliraba, creo, y me parecía que había entrado un médico de Minglanilla y otro (éramos nosotros). —¿Y la menstruación? —Ha vuelto.

Tal fué el diálogo que tuvieron la enferma y mi amigo. El pulso latía después del riego 96 veces por minuto y la piel estaba fresca.

Los comentarios que hicimos mi amigo D. José Escuder y yo al salir de la casa de la enferma los puede comprender cualquiera... (iba á exceptuar uno) y por lo mismo los omito.

Dos veces más se regó á la enferma en este día, que es desde el que empezó á decrecer el padecimiento; y tres después se suspendieron los riegos, para darle caldo, quina, etc.

El día décimocuarto de la enfermedad se hallaba la paciente fresca, con 60 pulsaciones por minuto, algo de mal gusto de boca, ligera diarrea y muchas Petequias. Se le dispusieron unas píldoras de extracto de quina y de tartrato férrico-potásico y algunas lavativas, además de lo que se ha dicho antes, y al hacer los 20 de sentir los primeros efectos de la epidemia, paseaba algunos ratos por la casa.

No en todos los enfermos que fueron tratados del modo que las dos cuyas historias acabamos de referir, se notaron tan pronto y buenos efectos, aunque ninguno se empeoró y todos se curaron; porque no todos se hallaron en tan buenas condiciones de aseo, ventilación é inteligencia por parte de los asistentes, para hacer lo que se les ordenaba.

Un ejemplo bastará para conocer las ventajas del tratamiento que empleábamos, comparado con el desaseo, falta de ventilación y de riegos ó refrescamiento en que se dejaba á los enfermos que tuvieron el tífus en la epidemia de que nos ocupamos, aunque estuvieran bajo la influencia de otro.

Julian Tercero pasa el tífus al raso ó poco menos en la Mancha Baja donde había ido á segar, y se salva. Vuelve convaleciente á su pueblo, lo contrae toda su familia, compuesta de la mujer y tres hijos; colocan á la madre en un cuartucho que había detrás de la chimenea sin ventilación; no la riegan; no la sacan de tan infecto sitio, y muere. Se ponen los hijos donde les diera el aire, se lavan y refrescan muchas veces todos los días y ninguno padece.

He concluido cuanto me he propuesto decir respecto á los resultados que dió el tratamiento que he mencionado, en la epidemia de tífus que hubo en Montalbano en 1839, donde entonces me hallaba: sé que hay mucha diferencia entre una epidemia y otra, y entre una constitución médica y otra de la misma clase, porque la necesidad, efecto de las circunstancias, en que contra mi voluntad me he encontrado, me ha forzado á estudiarlas, aunque muy mal; pero si se llega á despertar la afición al estudio de la hidroterapia, que no

excluye la asociación, cuando es necesario, de otro tratamiento, y se la despoja de todo lo que pueda tener de exagerada, entiendo que habrán ganado mucho los enfermos.

La falta de costumbre de escribir y sobre todo el no saberlo hacer, me han retraído de poner estos borradores, por esperar lo hiciese persona autorizada; pero el no haber visto en español lo que ha sido objeto de ellos, y el deber en que creo está todo el que tiene noticia de una cosa, que puede ser ó es útil, de hacerla pública, han sido la causa de que los ponga, venciendo mi natural repugnancia por exhibirme al público. Solo el patriotismo y el deber son capaces de obligar á hacerlo.

FAUSTO MARTINEZ.

Palomares del Campo (Cuenca) 5 de agosto de 1863.

SOCIEDADES CIENTIFICAS.

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

Memoria sobre el origen y vicisitudes de la terapéutica que han usado los cirujanos españoles en las heridas de arma de fuego, presentada para el concurso de premios de 1862 ante la Real Academia de Medicina de Madrid.

ARTÍCULO IV.

Autógrafo anónimo arreglado á los preceptos del maestro Hugo de Lirca y de Galeno.—División de las heridas en simples y complicadas, y su tratamiento.—Unión por primera intención de las heridas simples.—Fracturas.—Confianza en la fuerza medicatriz natural.—Deligación y apósitos.—Cura del callo viciosamente consolidado.—Heridas contusas y su tratamiento.—Hemorragias.—La exuberancia de los mamelones carnosos, se combate por medio de los astringentes y la cauterización.—Repetición de los preceptos de Albucasis para la extracción de las saetas.—Tenazas cavadas.—Consejos dietéticos para los heridos.

Apenas encontramos una sola obra de cirugía después de nuestros árabes hasta el siglo XIV; la casualidad, sin embargo, favorecida por el deseo de hallar datos para escribir esta memoria, colocó ante mis ojos un manuscrito precioso, que por su lenguaje es del referido siglo, y en todo lo concerniente á la curación de las heridas una joya de inestimable valor; en él, se ven ampliados los conocimientos de los cirujanos árabe-españoles, y se recogen consejos aceptables y dignos de inmediata aplicación en el tratamiento de las heridas ocasionadas por arma de fuego (1). La Academia me permitirá que éntre en el análisis de tan importante libro, para dejar consignado lo que de más interés tenga acerca del tratamiento de las heridas, aplicable á las ocasionadas por armas de fuego.

Al definir la solución de continuidad y la indicación esencial de su cura, se espresa de este modo claro y exacto: «Simple solución es de continuidad, aquella en que no hay ninguna sustancia de podredura de carne, en la cual solamente un linaje está de pasión. Y por aquesto en la cura de aquella, es un entendimiento, esto es, ayuntamiento de las partes sueltas.» ¿Puede decirse de una manera más explícita, que las heridas simples son lesiones recientes de continuidad, sin supuración, y que para curarlas, la primera indicación es unir lo separado? «Y la solución de continuidad (prosigue) compuesta, es aquella en la cual la quebrantadura (fractura), está con perdimiento de carne; et así correr en aquesto dos linajes de pasión; et por aquesto son dos entendimientos de cura de aquella, esto es á saber, regeneración de la sustancia de partida é ayuntamiento de las partes sueltas.» ¿No nos aconsejan los autores modernos y nuestra misma práctica esta conducta, en la curación de las

(1) Consta el manuscrito anatómico de cuatro cuadernos; el primero dividido en 38 capítulos, el segundo en 19 y el tercero en 26; se ocupan de todo cuanto dice relación con las heridas en general y particular; de los accidentes que las complican, de las fracturas y dislocaciones, del tratamiento tanto médico como quirúrgico, etc. El cuaderno cuarto, dividido en 55 capítulos, trata de las fistulas, apostemas, lupia, etc. Esta obra consta de 356 páginas en 4.º español, se halla forrada en pergamino y puede leerse en una de nuestras bibliotecas universitarias.

heridas simples y complicadas con fractura y pérdida de sustancia, sean ó nó de fuego, aparte de la estraccion del proyectil y otros accidentes? Más adelante, y al referirse á las heridas de los huesos, dice: «E la solucion de continuidad que es fecha en los huesos, non es causada por la manera del primer entendimiento así como carne, si non por aventura é los creantes en natura: así como diremos adelante, es sanado por la manera del primer entendimiento, es verdadera colocacion, verdadera restitution de la cosa perdida y á cual cosa comodacion, que por la mucha gran duzeza no puede ser fecha en los huesos.»

Vemos claramente que se procuraba la colocacion de los fragmentos en su verdadero sitio, y que para la consolidacion se contaba con los creantes en natura; que se creia indispensable la reunion de los puntos divididos, y la regeneracion en los casos de pérdida de sustancia; y ésta práctica tan sana, no se modifica ni aun en el tratamiento de las heridas ocasionadas por cualquiera clase de instrumentos vuluerantes.

Tratando de las causas de las heridas, manifiesta que unas veces son por hierro, otras por *fuste*, por *piebra*... é por alguna cosa que se mete, como saetas, dardos, astillas, espinas, etc.: hace distincion de las heridas, en pequeñas, medianas y grandes por sus dimensiones: en superficiales y profundas por el espesor de los tejidos interesados; y en longitudinales y redondas por su figura, explicándose acerca de las últimas que son las contusas de esta manera: «Entre las heridas, la redonda es la más grave, y más tarde sana, por razon de la gran compresion de lo que há en medio.» ¿Se ha calificado despues de otra manera la herida contusa? ¿Y no son esencialmente contusas las heridas de arma de fuego? ¿Quién lo duda! Ni una sola obra de las que he consultado desde el siglo x hasta nuestros días, deja de dar notable importancia á las contusiones y heridas contusas, siendo comunmente considerados los instrumentos con que han sido causadas, de una misma accion.

Ocupándose la obra anónima, del tratamiento de las heridas, dice así: «E sepas, amigo, que en la cura de la plaga fresca, antes que metas melecina, que es la primera obra de cirujia, ó vedaz calentura, que metas en el cuerpo en que engendre carne ó que consuele.» Se conoce que el autor de la obra anónima tenia confianza en las bebidas vulnerarias, que más adelante fueron aceptadas con esceso por muchos cirujanos. Despues continúa: «E la primera destas cosas (las que se hacen para la curacion), es que estanque la sangre, si con demasia corre; la segunda cosa, que fagas melecinas madurantes, fagan nascer atrativa, que saquen el podre, especialmente en las plagas quel aire haya desmudado: mas aquellas que por el aire non son desmudadas, con melecinas desecativas sean curadas, y mucho más á las plagas de los nervios.» En este período se halla consignado el contenimiento de la hemorrágia, el uso de medicinas madurativas y el de medicamentos desecativos, que luego han de formar la base del tratamiento racional.

Teniendo en cuenta la importancia de la supuracion en las heridas contusas y que ella es el buen camino que deben seguir para la cicatrizacion, aconseja el uso de medicamentos que engendren *veninos* (supuracion): «E por aquella manera sean curadas, con las cosas engendraderas de *venino* en las plagas que son fechas por machucamiento, ca porque las plagas fechas desta manera, son dolorosas y apostemiosas.» Despues de conseguida la supuracion aconseja que se desequé, que la sangre sea restañada, pues non se engendrará el *venino* si no pára la hemorrágia.

Conforme el autor del manuscrito que estoy examinando con el sábio Avicena, que con vino é ligadura todas las plagas curaba, lo aconseja así, como tambien que sean desecadas con ungüentos y aceites; y cuando la herida tarda en cicatrizar por exuberancia de mamelones carnosos ó cuando hay putrefaccion, aconseja los estimulantes y cauterizacion en estos términos: «Si conocieses que la carne sea más crescida, ponle melecina aguda que comunmente sea caliente y seca; y si fuesen plagas podridas, á las

cuales no vale melecina aguda, ministra fuego que es melecina conveniente.» ¿Quién puede pretender más claridad ni mejores consejos para combatir las exuberancias carnosas ni oponerse á la gangrena? ¿No está bien manifesto el uso de los cauterios actuales y potenciales? A continuacion se prescribe el uso del *óleo* y de la cera; trementina, aloes é incienso, siendo digno de trasladarse integro el párrafo que se refiere al régimen que debe seguirse y en el que se trata de la quietud y reposo en la curacion de las heridas: «Ca por mala dieta y malamente ordenada, á végadas la apostema y el venino en las plagas se engendran, porque el miembro por aventura vendrá á apodrimiento del régimen de la vianda: é por amor desto, sea bien guardado de malos comeres; mas despues que sean asegurados de calentura de la apostema, dénele de comer.» Y como he dicho, hablando de la conveniencia de la quietud, dice: «Ca si no reposan, en ningún tiempo non serán soldados (los huesos), ca por poviniento de las partes de la plaga, sufren deprimiento y alongamiento.»

El autor que estoy examinando, dá excelentes preceptos para la estraccion de las saetas, y describe el instrumento con que se verifica; habla del tratamiento de las heridas simples y con fractura: manifiesta que cuando hay supuracion pocas veces se presenta el espasmo; y se ocupa de la curacion de las deformidades consecutivas al callo viciosamente consolidado. Los términos en que se espresa sobre los puntos que acabo de mencionar, son los siguientes: «Aun te digo que te conviene que te guardes de sacar la saeta en muchas végadas, ca luego al echamiento de la saeta muere el ferido: mas quando es quebrado algun miembro de los dichos (cerebro, corazon, etc.), é aparecen á tí señales de muerte; aun te digo que te conviene te guardes de sacar la saeta con muchas végadas, ca lugar al echamiento de la saeta muere el ferido: mas quando non parescen las señales sobredichas, hecha la saeta con toda sutileza y con todo ingénio, cura la plaga. Si se halla clavada en el hueso, fora en derredor de la saeta de cada una parte con sutil foradura, fasta que la saeta sea aparejada á ligero movimiento.» Todos estos consejos dados por el cirujano, autor de la obra anónima... ¿no han sido aplicados á la estraccion de los proyectiles enviados por la fuerza de la pólvora? ¿No seguimos hoy mismo parecida práctica? Más adelante manifiesta que no es posible dar reglas fijas para la estraccion de las saetas, pues varían mucho las circunstancias, y el médico con su sabiduría y prudencia es quien ha de determinar los casos en que pueden extraerse, ó por el lugar donde entraron ó por la parte contrapasada... y si la estraccion no es fácil, se abandonará por algunos días hasta que se presente supuracion, que hará más fácil la maniobra: para realizar esta, se hará con unas *tenazas* ó instrumentos de mejor ingénio, cuyas tenazas, las unas son sordas y las otras cavadas, con las cuales mediante son tiradas las saetas sordas, ca en la concavidad de las tenazas es rescebida la cosa de la saeta, teniendo siempre en cuenta su figura, puesto que las hay de una punta y de muchas, grandes y pequeñas, sencillas, orejadas, de figura de lanza, de cuatro *cantos*, de tres *cantos*, etc. Los demás cuerpos estraños, como espinas, astillas y sus semejantes, se estraerán con medicamentos atractivos hechos con miel, aristoloquia larga y redonda, etc.

Las heridas contusas y las fracturas por contusion dan motivo á que el autor de la obra que estoy examinando, consigne datos tanto más apreciables, cuanto que han transcurrido 500 años, y son puestos en práctica aun en las heridas ocasionadas por armas de fuego: «Todo lugar cárdeno sea fomentado con buen vino caliente durante una hora cuando la lesion sea ocasionada por piedra fuste ó cosa semejante, y si hay fractura, á luego empalma el miembro é con las manos tuyas arriegla aquella cosa, é con tu ingenio muy bien lo eguala, tractando é reparando los huesos con las tus manos: á el miembro sábios ministros cuidarán como de toda ora sea tenido tieso y egualado diligentemente... A faja aparejada diligentemente luenga y ancha por

espacio de cinco dedos, tan suavemente que por la ligadura no sea sentido dolor: é non tanto alargara que un poco dolor non sienta. Si el miembro quebrado será la pierna, sean aparejados cinco plumazuelos de muy buena estopa fuertemente muy bien fechos é muy bien igualados; é sean luengos y en la manera de todo el miembro y sean bañados de cada una parte con el agua dicha espuma, y acostadamente sobre el miembro en la longueza sean parados. E sobre aquellos plumazuelos, sea puesto un plumazuelo fuertemente grande que todo el miembro abrace; é sea untado de la una parte de dentro del agua dicha espuma: é luego haya astillejas sotiles bien aparejadas, sean puestas sobre el miembro de cada una parte y sean de gran longueza que las junturas no dañen la carne. Finalmente, el autor de la obra anónima propone para la cura del callo viciosamente consolidado su division, valiéndose para ello de embrocaciones emolientes y molificantes, compuestas de hojas de malvas y de violetas, de la raíz de malvabisco, corona de rey, brionia, etc., «fasta que el poro sea molificado, y luego sea quebrado y estendido y restaurado como tu sabes.»

La Real Academia me dispensará si he sido algo difuso en el examen de la obra anónima: ¿Cómo no serlo, cuando en ella existen conocimientos tan importantes y de tan inmediata aplicacion á la cura de las heridas, sean ó no ocasionadas por armas de fuego? ¿Cómo no ser estenso, cuando en mi juicio la obra anónima no consta en ninguna de las historias bibliográficas de la medicina? Preciso era dejar un testimonio detallado, para que con seguridad, calma y otros objetos, se procure hacer ver la luz pública aquel precioso manuscrito.

(Se continuará.)

PRENSA MÉDICA.

ESTRANJERA.

Estructura del bulbo olfatorio; por el Dr. Walter.

Nuestros conocimientos sobre la anatomía microscópica del órgano olfatorio están bastante avanzados, gracias á los trabajos de TODD-BOWMAN, KOELLIKER, ECKER, y sobre todo de MAX SCHULTZE; sin embargo, hay todavía muchos vacíos en las diversas partes de este curioso aparato. La estructura íntima del bulbo olfatorio es todavía poco conocida, y sobre esto encontramos algunos hechos consignados en el trabajo del Dr. WALTER; hechos que se pueden considerar como exactos, puesto que coinciden y corresponden con los de dos anatómicos distinguidos, LOCKHART CLARKE y PH. OWSJANNIKOW, cuyas investigaciones no sabia aquel hasta despues de haber terminado las suyas.

El autor describe primeramente el bulbo olfatorio de la ternera; este bulbo es hueco y encierra un plexo coroides compuesto de vasos y de tejido conjuntivo, cuya superficie está cubierta de una capa de epitelium vibrátil; por dentro se encuentran células redondas ó poligonales, con prolongaciones que comunican con las de las células conjuntivas más profundamente situadas; las células vibrátiles exteriores tienen largos apéndices que se bifurcan, y van tambien muy probablemente á unirse á las mismas células ramificadas del sistema conjuntivo.

La superficie interior del bulbo está cubierta de un epitelium cilindrico delicado; las células cilindricas, lo mismo que las células redondas subyacentes, tienen como las precedentes, prolongaciones que comunican con las del tejido conjuntivo.

La pared del bulbo está formada de dos capas, una exterior gris y otra interior blanca; la capa blanca tiene dos raíces que no son del cerebro; la más fuerte, que viene de fuera, parece formada de dos cintas fibrosas, de las cuales la principal, situada por delante, es una prolongacion de la sustancia blanca de la circunvolucion cerebral anterior é inferior. El autor ha podido seguir hasta el reborde del cuerpo calloso la porcion de esta cinta que se dirige atrás y adentro. La segunda raíz, más débil, marcha debajo de la precedente, despues descendiendo por el cuerpo estriado, sobre el quiasma, y presentándose en el punto de reunion del centro blanco del cuerpo estriado y del tálamo de los nervios ópticos, tres fibras de

origen, la anterior que nace del cuerpo estriado, la media del quiasma, y la tercera, inferior, del pedúnculo del cerebro.

La sustancia gris aumenta de espesor á medida que se aproxima á la lamina cribosa del etmoides; al paso que la sustancia blanca se reduce á una lamina delgada.

El autor describe la marcha de las fibras primitivas en las dos capas del bulbo olfatorio. Estas fibras concluyen por reducirse á su cilindro, eje, que se bifurca para terminar en las células bipolares situadas en la capa interna de la sustancia gris; esta contiene además las gruesas células multipolares de la capa media, rodeadas de fibras nerviosas sin médula, y de núcleos libres, cuyo número aumenta hacia la periferia.

Hé aquí en resumen cuál es la marcha de las fibras nerviosas en el bulbo olfatorio.

Las fibras nerviosas medulares que salen de la capa olfatoria de la sustancia blanca se encorvan en ángulos variados; se bifurcan, pierden su cubierta y se continúan como fibras ejes; estas se dividen en fibrillas muy delgadas; despues de llegar á los límites de la sustancia gris, encuentran las células bipolares; despues se reunen en haces más anchos, que van á unirse á las gruesas células multipolares de la sustancia gris, de las cuales salen por otro lado las fibras olfatorias.

(Arch. für path. anat.)

Procedimiento simplificado para la cura radical del varicocele.

The Dublin medical Press refiere un proceder para la cura radical del varicocele, del Dr. JOHN PACKARD. Este procedimiento, que como el autor reconoce, no es más que una modificación del de RICORD, tiene sin embargo la ventaja de la mayor simplicidad del aparato instrumental, y además permite el uso de ligaduras metálicas que, como se sabe, son menos peligrosas que las vegetales.

El aparato se compone: 1.º de una aguja bastante fina, ligeramente curva, y con una abertura cerca de su punta, destinada á recibir un hilo metálico; está montada en un mango como la aguja de ligadura de VIDAL, á la cual se parece mucho, ó sujeta entre los dientes de una pinza: 2.º de un hilo de hierro cocido: 3.º de una plancha de plomo, de pulgada y cuarto de largo, y media de ancho, con un agujero cerca de cada extremidad de su eje mayor.

El método operatorio es el siguiente: despues de haber aislado el peloton varicoso, segun el método ordinario indicado por BRESCHET, la aguja armada de un hilo metálico pasa al través del escroto detrás de las venas dilatadas; el hilo que forma una asa queda quieto mientras se retira la aguja; armada de un nuevo hilo, se la hace penetrar en una dirección opuesta á la seguida antes, y por la abertura ya hecha delante de los vasos; despues se la retira reteniendo la ligadura. Colocados así dos hilos, las estremidades del segundo corresponden al asa del primero, por la cual se las pasa, haciendo lo mismo con las estremidades del primero que corresponden al asa del segundo: se tira de los cabos de estos hilos hasta que aproximándose sus asas, aprietan entre sí los vasos; despues se pasan por los agujeros de la placa de plomo, reuniéndolos en el centro de esta y retorciéndolos lentamente hasta que el dolor empieza á ser un poco fuerte, ó hasta que el operador cree suficiente la constricción. Todos los dias se aumenta la presión aumentando con doce vueltas la torsion del hilo, hasta la division completa de los vasos; obtenida esta, lo cual se conoce por la movilidad completa de los hilos compresores en el seno formado por su paso, basta dividirlos en uno de los puntos de la circunferencia que forman y retirarlos.

Este procedimiento, empleado muchas veces por su autor, ha dado siempre resultados favorables; el dolor que ocasiona es tan poco intenso que no es necesario recurrir á los anestésicos.

De la ligadura elástica; por el Sr. Richard, cirujano del hospital Cochin.

El Sr. TROUSSEAU dijo un dia al Sr. RICHARD: «ensaye Vd. la ablacion de los tumores pediculados, por medio de la ligadura con un hilo de caouchouc.»

Se han hecho diez y siete operaciones, y el Sr. RICHARD, en una carta que acaba de publicar en la *Gacette hebdomadaire*, dice los resultados que ha obtenido y las reflexiones que le sugiere esta nueva ligadura.

La acción de la ligadura elástica, dice, es continua é incesante; puede ser débil ó fuerte al principio; lo esencial es

comprender que habeis puesto un resorte que no descansa sino cuando ha cumplido el oficio que le habeis impuesto. Observad el tumor cuya base acaba de ser estrangulada por el hilo elástico; el primer día queda lo mismo; el segundo y el tercero baja la temperatura insensiblemente; la piel se pone flácida; el color un poco más bajo; estos caracteres se gradúan en los días siguientes; la masa se reduce, se arruga, se seca; se separa á los 15 ó 25 días sin esfuerzo, sin dolor, sin inflamacion, sin que el enfermo se aperciba. Esta es la marcha de la gangrena seca, y durante este tiempo el surco que separa lo muerto de lo vivo queda oculto por la ligadura; tenemos la inmunidad de una herida subcutánea; á la caída del tumor, está concluida casi enteramente la reparación de la herida.

Respecto á la aplicacion, si el pediculo tiene poco espesor es difícil hacer una ligadura apretada, simple; me he detenido en atar el pediculo con dos, tres, cuatro, hasta diez vueltas con el hilo de caoutchouc; de esta manera se dobla la fuerza elástica, y se dirige fácilmente el mismo hilo sobre una línea sinuosa.

La ligadura elástica parece tener un gran valor en cirugía; debe reemplazar á todos los métodos de ligadura usados hasta el presente; es inocente, apenas dolorosa despues de su aplicacion y de un uso fácil en multitud de regiones.

Pero es preciso, añade el Sr. RICHARD, establecer una comparacion concienzuda entre el nuevo método, el cáustico y el bisturi, para no generalizar el primero inconsideradamente; pues me parece de tal importancia esta operacion, que no quiero comprometerla.

Tratamiento de la fiebre tifoidea en el campo; por el Sr. P. Marin.

En un buen trabajo que acaba de publicar el Sr. MARIN, oficial de sanidad, vemos la fórmula de un purgante que podrá prestar grandes servicios.

Cuando se vé un enfermo, en el cual se ha declarado el estado tifoideo adinámico, se aplicarán grandes vejigatorios en las extremidades (Chauffard); se dará café frío á cucharadas, asociado al extracto blando de quina, limonada vinosa fría, y caldo de vaca frío y desengrasado á cucharadas de hora en hora.

Como medicamento purgante, comprendiendo que ninguno de los que emplea la farmacia sería tolerado, recomiendo el jugo de yerbas, unido al aceite comun, á la dosis de cien gramos, de seis en seis días en ayunas.

Hé aqui esta preparacion primitiva:

Achicoria amarga.	} aa lo que se puede cojer entre dos dedos.
Diente de leon.	
Acelga fresca.	
Berros.	
Lechuga romana.	

Dividase todo bien y comprímase para obtener 60 gramos de jugo; añádase:

Acete comun.	40 gramos.
Jarabe de limon.	30 —

Tómese de una vez.

Esta medicacion es siempre aceptada con placer por el enfermo del campo; purga abundantemente, no ocasiona nunca cólicos, y es sumamente barata.

(Gazette des hôpitaux.)

Elefantiasis de los árabes; buen éxito de la ligadura de la arteria femoral; por el Dr. Butcher.

Una lavandera, de 44 años, entró el 6 de noviembre de 1861, en Mercer's hospital, con una elefantiasis de los árabes, que databa de 18 años y habia invadido toda la extremidad inferior derecha.

Comparada esta con la izquierda, media en varios sitios un cuarto, un tercio y hasta el doble de la circunferencia; estaba roja, dolorosa, ulcerada por los dedos; la enferma no podia servirse de ella, ni conciliar el sueño. Habiéndose empleado inútilmente todos los medios, se adoptó la proposicion del profesor CARNOCHAN de recurrir á la ligadura de la arteria femoral, y en noviembre se practicó la operacion. Despues de vencer grandes dificultades, se descubrió la arteria, cuyo aspecto no era para animar á la prosecucion del objeto que el operador se proponia.

Tenia el doble de su volumen natural ó más; estaba más floja y mucho más pálida que en el estado normal; parecia, en

una palabra, más bien la femoral de un caballo ó de una vaca que la del hombre. Se la ligó aisladamente; la temperatura de la extremidad disminuyó momentáneamente, pero volvió muy pronto al estado normal; desde la primera noche el sueño fué bueno y no se presentó ningun accidente, el hilo de la ligadura cayó á los treinta y un días. El 6 de enero de 1862 se notaba una gran disminucion de la circunferencia de la extremidad, que continuó progresivamente hasta el punto de permitir á la enferma andar y volver á sus habituales ocupaciones.

(Dublin quaterley Jour. of méd. sciences.)

La creosota en la gangrena pulmonal.

Un ejemplo muy notable, referido por el *Journal de Venise*, tiende á demostrar que la creosota puede ser útil en la gangrena pulmonal. En un epiléptico que tenia una pulmonia del lóbulo inferior derecho que pasó rapidamente al estado gangrenoso, habiéndose administrado este medicamento á la dosis de uno y despues de dos gramos en una pocion gomosa, los espitos perdieron definitivamente, despues de tres ó cuatro días, su olor característico, y el soplo anfórico correspondiente á la parte afecta cesó en seguida, quedando una sonoridad exagerada. Se usó la creosota por mucho tiempo y con tal ventaja, que el enfermo pudo dejar la cama. Pero un mes despues de esta convalecencia, agravados los accesos de epilepsia, se presentaron signos de tuberculizacion, y el enfermo murió. Entre otras lesiones reveladas por la autopsia, y además de cavernas en el vértice de los pulmones, se encontró una gran cavidad en el lóbulo exterior derecho, cerrada exáctamente por una pseudo-membrana bastante resistente, irregularmente elíptica, de ocho á nueve centímetros de diámetro, y que contenia un liquido gangrenoso del mismo olor que el espulsado durante la vida. Confirmado este hecho puede admitirse la creosota en la terapéutica, todavia tan pobre, de la gangrena pulmonal, ó al menos hay motivo para continuar la experimentacion.

Por la Prensa médica, F. DE CORTEJARENA.

PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

Beneficencia y Sanidad.—Negociado 2.º

Teniendo en cuenta los graves inconvenientes que ofrecen para la buena asistencia facultativa de los hospitales públicos el admitirse en ellos médicos y cirujanos puros que no pueden sustituirse mutuamente en ausencias y enfermedades, ni prestar durante el servicio de guardias ni en casos imprevistos y urgentes los auxilios, ya médicos, ya quirúrgicos, que el estado de los acojidos reclama; teniendo en cuenta asimismo que es deber del Gobierno remediar las causas de que en tan importante servicio puedan originarse perturbaciones y abusos, evitando la contingencia de que los pobres que se ven obligados á buscar la curacion de sus enfermedades en los establecimientos del ramo carezcan, ni por un solo instante, de asistencia facultativa ó la reciban de profesores que no estén autorizados para prestarla; y considerando, por otra parte, que los médicos y cirujanos puros que obtienen en la actualidad el cargo de facultativos de Beneficencia ofrecen grandes garantías de acierto en el ejercicio de sus respectivas facultades por su larga práctica en los referidos establecimientos; han contraido méritos dignos de estimacion y tienen derechos adquiridos que es conveniente y justo respetar, la Reina (Q. D. G.) se ha servido resolver que continúen estos profesores en el desempeño de sus plazas, pero que en lo sucesivo no se provea ninguna de facultativo de número ni agregado sino en doctores ó licenciados en medicina y cirugía.

De Real orden lo digo á V. I. para los efectos correspondientes. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 31 de julio de 1863.—Vaamonde.—Sr. Director general de Beneficencia y Sanidad.

DIRECCION GENERAL DE BENEFICENCIA Y SANIDAD.

Negociado 2.º

Resultando vacante una plaza de médico agregado, con 4,000 rs. de sueldo, en los establecimientos provinciales de

Beneficencia de Zamora; otra con 3,000 en el hospital de Benavente, y otra con 2,000 en el hospital de Toro, como asimismo una de cirujano de igual clase en el hospital últimamente mencionado, con la propia dotación de 2,000 rs. anuales, se anuncia al público para que los que deseen obtenerla y sean doctores o licenciados en medicina y cirugía puedan presentar sus solicitudes en esta Dirección, con arreglo a lo prevenido en el Reglamento de 30 de junio de 1858, dentro del plazo de 30 días, contados desde la publicación de este anuncio en la *Gaceta de Madrid*, que fué el 20 del corriente.

Madrid 8 de agosto de 1863.—El director general de Beneficencia y Sanidad, Tomás Rodríguez Rubi.

CUERPO DE SANIDAD DE LA ARMADA.

REALES ÓRDENES.

29 julio. Concediendo licencia absoluta para retirarse del servicio al segundo ayudante del cuerpo de Sanidad militar de la armada D. Fernando Gutierrez y Alvarez.

8 agosto. Concediendo dos meses de licencia para los baños de Chiclana al primer ayudante del cuerpo de Sanidad militar de la armada D. Emilio Marasi y Navarro.

14 id. Nombrando segundos ayudantes del cuerpo de Sanidad militar de la armada á los profesores aprobados en las últimas oposiciones D. Ramon Pascual y Nin, D. Celso Garcia Monje y Jimenez, D. Miguel Torija y Escrig, D. Francisco de Paula Rodriguez, D. José Garcia y Rosique, D. José Fortea y Baixauli, D. Antonio de Salas y Navas, D. Antonio Lopez de Illana y Carrillo y D. Antonio Ruiz de Somavia y Ramos.

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

Sesion literaria del dia 31 de marzo de 1863.

Empezó con la lectura del acta de la sesion anterior, que fué aprobada.

En seguida se declaró por el Sr. Presidente que continuaba la discusion sobre la *pasion* y la *locura*; y el Sr. Quintana, cuyo discurso habia quedado pendiente en la sesion anterior, dijo: «Continuando la reseña que empecé en la sesion anterior de los cargos que dirige el Sr. Mata á mi memoria sobre la *pasion* y la *locura*, encuentro que critica la descripcion que hago de las diferentes formas de la enajenacion mental, y no encuentra conforme mi clasificacion con los adelantamientos de la ciencia. Mi objeto no ha sido en este caso presentar la mejor clasificacion posible, sino hacer aplicaciones de mi doctrina, y además pudiera suceder que hallándose tan distante mi punto de vista del de el Sr. Mata, fuera para mi detestable la clasificacion que á dicho señor pareciera más perfecta.

Despues produce á S. S. un verdadero escándalo ver que defino la locura como funcion patológica de la conciencia. De este modo dice que admito el absurdo de enfermedades sin órganos enfermos, y que hasta materializo la conciencia y caigo en el más acabado materialismo. ¿Qué importa—añade—que por una indiscrecion de la realidad no se hallen á veces lesiones materiales en los casos de locura? Ellas deben existir y las comprobará la química, el microscopio ó cualquier otro medio. De lo contrario ¿qué seria del organicismo?

No me fijaré en la importuna observacion de que el organicismo, método *à posteriori*, no tiene razon para admitir estas necesidades *à priori*; pasemos adelante.

Si se recuerda el sentido general de la palabra funcion, se verá que puede tener la conciencia funciones patológicas, sin necesidad de materializarse como supone el Sr. Mata, alucinado por la idea materialista.

Teniendo esto en cuenta y que, como ya he dicho, la psicologia humana y la animal no nacen de la organizacion, sino que consisten en fenómenos tan primitivos como la organizacion misma, nada más fácil que contestar á la necesidad supuesta por el Sr. Mata, de una correspondencia exacta entre la organizacion del cerebro y la funcion intelectual, con el hecho incuestionable de los muchos casos en que ha faltado esa correspondencia, y con la necesidad opuesta de que subsista el carácter distinto y primordial entre la conciencia y el organicismo, á pesar de las relaciones bien conocidas entre estos dos elementos.

Así como el que está ciego no tiene necesidad de estar sordo, porque la vista y el oido pertenezcan á un mismo hombre, así tambien el que está loco no necesita estar lisiado en

su organizacion aunque sea tambien el hombre mismo. Y esto no solo es posible, sino que los hechos lo acreditan.

Abandonemos, pues, el pretencioso empeño de corregir y enmendar la realidad, y admitamos la locura tal como es, sin esas escrescencias materiales que le superpone y con que la atavia á su antojo el mal gusto del organicismo.

La filosofia que á estos resultados conduce, comprende sin esfuerzo toda la verdad accesible á la inteligencia humana, por más que el Sr. Mata la tache de infecunda.

Terminó el Sr. Mata su segundo discurso queriendo explicar el caso de la *ninfomaniaca* de Combette, diciendo que se deja comprender por la iniciativa de los órganos esternos de la generacion; pero esa iniciativa, incapaz de crear el cerebro, lo es asimismo de crear el instinto genésico, si este depende del cerebro.

En su tercer discurso apenas hizo el Sr. Mata más que enunciar cuestiones como la relativa á las neurosis, á lo que él llama mecanismo psíquico, á la libertad y reflexion que supone en los animales, y á las aptitudes del hombre, respecto de cuyos puntos nada dijo, aunque de ellos pudieran surgir controversias á millares. Me limitaré á dos ó tres puntos que se rozan con el objeto principal de mi memoria.

Niega el Sr. Mata las pasiones á los idiotas y dementes y aun á los maniacos. Sin embargo, ¿qué pudiera ser una conciencia cualquiera sin pasiones, esto es, sin el orden de los fines? Una conciencia sin pasiones ó sin finalidad es como un cuerpo sin estension, ó como un hombre sin racionalidad.

Tambien niega á los enajenados la individualidad personal. Pero es preciso considerar que no es sinónimo individualidad y responsabilidad como supone el Sr. Mata. La personalidad lleva consigo, y supone la responsabilidad mientras se conserva el poder automotor de las determinaciones de conciencia, esto es, mientras se ejerce normalmente aquella funcion; pero supone la irresponsabilidad cuando es anormal este ejercicio, aunque se conserve la personalidad. Esta se conserva efectivamente en los locos, y lo prueba el hecho de que la sociedad no los trata como animales, sino con las más delicadas consideraciones.

Con motivo de la definicion de la locura vuelve á insistir el Sr. Mata en la esterilidad de mi doctrina. S. S. se empeña en desconocer que no se trata aquí de una cuestion de diagnóstico, sino de un criterio que sirve en la práctica de regulador de la conducta del médico, lo cual ciertamente no es lo mismo. El que posee este criterio sabe que puede existir la locura sin caracteres exteriores, y estos caracteres exteriores sin la locura; cosas que debe suponerse desconoce por completo el médico organicista, el cual cuando procede en la práctica como si las conociese, es porque cede sin sospecharlo al influjo de esa misma filosofia que rechaza como estéril. Si no hace, pues, el Sr. Mata otras variaciones más fecundas sobre este tema, considero que está suficientemente contestado.

La circunstancia de no atribuir siempre á las diversas formas de la locura y á las pasiones cuadros exteriores que las revelen, me vale la calificación de escéptico en concepto del Sr. Mata. Conviengo con S. S. en que se diagnostican bastante bien por la esterilidad el idiotismo, la imbecilidad y la demencia; mas no sucede así en las manias, monomanias y alucinaciones, respecto de las cuales se suscitan muchas dudas en el ejercicio de la medicina legal, llegando el caso de mirar el médico con envidia los aneurismas y otras lesiones que consisten en cambios materiales visibles y tangibles. Es que la locura es intangible, y se niega por lo mismo á los diagnósticos geométricos.

Otro tanto puede decirse de las pasiones, y lo prueba la misma observacion del Sr. Mata, de que sabe imitarlas el arte con gran perfeccion.

Termina S. S. pidiéndome una definicion de la conciencia. Solo diré que comprendo en ella el orden representativo en masa, la sensibilidad, las percepciones, la inteligencia, la ciencia, la imaginacion, la memoria, los sentimientos y pasiones, la reflexion, la libertad, la moral, la política, el arte, etc., etc. Todo esto forma un mundo, que unido con el material constituye la gran sintesis, que es la realidad suprema. No hay duda, pues, y lo confirma la experiencia, que puede enfermar cada una de estas partes del hombre por separado.

Ahora preguntaré si, vistas las esplicaciones dadas, se considera todavia suspendido sobre mi memoria el anatema del Sr. Mata. Creo haber probado que mis doctrinas no son erróneas; que tampoco son estériles, porque nunca puede serlo la verdad, y menos aun inmorales, puesto que son las únicas que permiten fundar la moral sobre una base sólida, estableciendo

la imposibilidad de que la libertad sucumba en ningún caso á los impulsos de la pasión.

No me defenderé de la calificación de insoportables, que ha dado el Sr. Mata á las ideas de mi memoria. Esta grande aversión revela en S. S. una idiosincrasia que respeto, y de la que por fortuna no participo, puesto que considero las ideas mismas que combato como parte en cierto modo del caudal de mi propia inteligencia, y como un recuerdo de los tiempos de mi infancia filosófica.

Terminado el discurso del Sr. Quintana, usó de la palabra

El Sr. Mata para rectificar. Es una equivocación—dijo—lo que acaba de manifestar el Sr. Quintana respecto á la idiosincrasia antipática que me atribuye. No tengo antipatia alguna moral, y si he calificado su doctrina de insoportable, de lo cual no me acuerdo, he querido expresar la lucha que hay entre mis ideas y las de dicho señor. Yo he estudiado estas ideas que en cierto tiempo han sido de moda. No soy tan extraño á ellas como se quiere suponer, y si algo no he entendido, puedo pensar con fundamento que tampoco las han concebido claramente los mismos que las escribían. Lo que con claridad se concibe, con claridad se explica.

Tenga entendido el Sr. Quintana que esa filosofía que él pregona está ya muerta aun á las márgenes del Rhin, donde ha nacido.

Esta rectificación viene á dominar todas las que necesito hacer.

Yo buscando la verdad sobre este punto no he retrocedido una línea en mis creencias. Califíquelo como quiera el señor Quintana.

Sobre la conciencia tengo que hacer otra rectificación. Yo no niego la realidad de la conciencia, ni de las abstracciones.

Yo entiendo por abstracción esos conceptos de la mente que expresan relaciones de cosas que no son objetivas.

No niego, pues, las abstracciones ni la realidad de la conciencia.

El mismo Sr. Quintana nos ha pintado la conciencia como una pluralidad; supone, pues, un conjunto de realidades, no una realidad: es una abstracción. No puede obrar, y todo lo que se dice de ella es una metáfora. Porque nosotros no podemos hablar sino aplicando á los abstractos los atributos de los concretos.

Lo que yo niego respecto de la conciencia es la realidad de un ser, de una entidad, que pueda tener modos y variaciones.

Por más que diga el Sr. Quintana que no sabemos nosotros salir de los órganos, esto es una necesidad universal: ninguna actividad puede manifestarse sin materia.

Si no hay un cuerpo ó un órgano, el espíritu no se manifiesta, y si el órgano no está sano, no se manifiesta de una manera sana.

En cuanto al caso de Combette yo no he dicho nada que se refiera á craneoscopia.

Ello es la verdad que el instinto genésico tiene un órgano exterior para satisfacer sus voliciones.

Yo he dicho que este instinto podía tener dos puntos de partida. Así puede escitarse la ninfomanía por exageración del instinto genésico, como de una erupción ó de otra afección de los órganos genitales.

Además, no se ha contestado á otra objeción capital. En el caso citado nada se dice de los movimientos que debieran estar ordenados por el cerebelo, y esto hace sospechar de la autenticidad de la observación.

El Sr. Quintana ha dicho que yo confundía la personalidad con la responsabilidad. No es exacto: yo he combatido la definición del Sr. Quintana, de que la locura sea una función anormal de la personalidad, porque en este caso se conserva la reflexión y la libertad, y por lo tanto no puede haber locura.

No quiero por ahora hacer más rectificaciones; si me toca hablar en segundo turno contestaré estensamente á todo lo que se ha dicho y pueda decirse en contra de mis doctrinas.

El secretario que suscribe, á quien correspondía el uso de la palabra, dijo:

Necesito tomar parte en este debate, como individuo de la sección de filosofía médica y como ponente del informe que se discute.

Entro en él con desventaja, después de haber hablado el Sr. Quintana, y teniendo un adversario tan distinguido como el Sr. Mata y que expresa sus opiniones con tanta claridad. Espero sin embargo que los Sres. Académicos se dignarán interpretar mis desaliñados conceptos.

Empezaré contestando á las observaciones del Sr. Quintana. La sección no ha encontrado reparos graves en la memoria

que se discute; se ha limitado casi á recomendarla, como en su concepto lo merece.

Continuando sin embargo el análisis en el mismo sentido que el Sr. Quintana, ha creído que debía distinguirse en el instinto animal: una pasión, en cuanto el instinto presenta fines á la actividad; y una voluntad en cuanto el instinto constituye la misma actividad que determina los actos. Esta distinción hubiera sin duda contribuido á esclarecer más las cuestiones que se resuelven en la memoria.

En cuanto á la definición de la locura, el Sr. Quintana reconoce la exactitud de la advertencia que hace la sección, y solo la encuentra demasiado severa cuando no acepta la definición de la locura como una función patológica de la conciencia. La sección no rechaza esta definición, sino que cree necesario circunscribir la locura á la conciencia humana, para que no se pueda suponer que se admite en los animales verdadera locura.

A esto se reduce en suma cuanto añade el dictamen de la sección á la memoria del Sr. Quintana, por donde se vé que, como dice el Sr. Mata, el dictamen y la memoria están en el fondo enteramente conformes.

Voy ahora á contestar á los argumentos aducidos por el Sr. Mata.

Protesto en primer lugar que no veo en dicho señor un verdadero adversario científico, que no desee sus doctrinas, sino que las comprendo en una síntesis más elevada, en un sistema que considero más completo. Yo solo propendo á la conciliación de las ideas que en sentir del Sr. Mata son invariablemente antagonistas.

Debo además manifestar que esta discusión pudiera darse por concluida por mi parte, en razón de la ininteligibilidad que el Sr. Mata atribuye á mis doctrinas, las que supone hijas legítimas del filosofismo alemán. S. S. declara no comprender el sentido de esta filosofía que llama simplemente *caló filosófico*; lo cual es muy grave, puesto que le inhabilita para representar los progresos de la ciencia, no siendo posible que la haga adelantar el que no pasa siquiera por todas sus edades anteriores, sino que se detiene en otras más ó menos próximas á su infancia.

Persuadido sin embargo de que el Sr. Mata entiende de lo que llama filosofismo germánico más que lo que él mismo confiesa, voy á hacerme cargo de las objeciones que presenta en contra de las ideas del Sr. Quintana, acogidas por la sección de filosofía médica.

La presente discusión versa sobre hechos de conciencia, la cual se analiza separando y considerando aparte sus elementos, como se estudia una región orgánica diseccandola.

Esta disección interior es más difícil que la exterior, y por eso parece más oscura.

Conviene que al explicar un elemento separado por esta disección tengan todos presente una misma preparación intelectual, y para conseguirlo en lo posible, voy á hacer una exposición sucinta del conjunto, donde yo veo los objetos sobre que versa la presente discusión.

Para ello manifestaré simplemente mi modo de pensar acerca de lo que es el hombre en general y en los diversos grupos funcionales que le constituyen.

En primer lugar acepto el punto de partida del materialismo: veo al hombre como materia y rodeado de materia.

A la materia se atribuyen, la exterioridad, las condiciones de espacio, de multiplicidad y diferencias específicas.

Algunos comprenden en ella la actividad; pero dada la materia como activa, se hace posible considerar por abstracción la materia sin actividad, y esta es siempre la verdadera materia, la materia pura.

Con la materia se dá el conocimiento, puesto que ningún objeto es alguna cosa, sino en cuanto lo conoce un sujeto, así como tampoco el sujeto que conoce es cosa alguna, sino en cuanto conoce algo.

Tiene, pues, el hombre dos esferas, sin dejar de ser un solo hombre: aspecto orgánico ó representado; aspecto de la conciencia ó representativo. Estas dos esferas, aunque formando un solo todo, son distintas, y su dependencia mutua tiene un límite que las conserva siempre en cierto grado de independencia.

Pero el hombre no está inmóvil y como petrificado; todo en él nace, dura, muere, esto es, vive, y este concepto de vida es algo más añadido al de materia y representación; porque es el nacimiento de las cosas, y también es algo menos porque es la muerte de las cosas. La vida es la conservación de un todo siempre idéntico y siempre distinto, en medio del continuo nacimiento y muerte de las partes.

El estudio de esta síntesis viva y de sus diferentes partes constituye todas las ciencias de la naturaleza y del espíritu. En ella es donde deben disecarse la locura y la pasión.

El Sr. Presidente interrumpió en este momento el discurso del secretario que suscribe, por haber pasado las horas de reglamento, y se levantó la sesión, quedando para la inmediata dicho señor en el uso de la palabra.—*El secretario perpétuo,* MATIAS NIETO SERRANO.

VARIEDADES.

LA IMPREVISION EN LAS CLASES MÉDICAS.

Entre las grandes calamidades que puede tener el práctico dedicado al ejercicio de la medicina, ninguna hay tal vez más terrible, que la de ver acercarse la muerte dejando en el desamparo y la miseria una numerosa familia. El corazón se desgarraba pensando en la viuda y los huérfanos, reducidos a mendigar su subsistencia; faltos de todo lo que puede sostenerlos en la senda de los buenos sentimientos, proporcionándoles la libertad y la independencia en cambio de un trabajo honroso; y precipitados hacia el embrutecimiento y acaso hacia el vicio y el crimen. Esta es seguramente la mayor desventura, el remordimiento más desgarrador que puede acompañar al médico en su descenso al sepulcro. Un pedazo de pan asegurado a su familia tendría a sus ojos en aquellos momentos más valor que todos los tesoros del universo, y entonces vé claramente que ningún esfuerzo hubiera debido parecerle demasiado penoso para conseguir tamaño beneficio.

Pero la imprevisión ahuyenta harto á menudo estas prudentes reflexiones. Nada más común que los ejemplos de profesores bastante descuidados para esponderse al peligro que acabamos de bosquejar. Su conducta merece fundadísima censura. No solo son responsables los que así obran de los funestos efectos de su desidia, sino de la nota de punible abandono que viene á recaer sobre su pobre descendencia y entibia tal vez en muchos los estímulos de la caridad.

Cuando no se conocía medio alguno de evitar la desgracia de la prole en los casos de fallecimiento del único individuo que le servía de apoyo, no podía en verdad culparse sino á la sociedad entera por la falta de instituciones consagradas á proporcionar dichos medios. Pero hoy que existen, por fortuna, sociedades de previsión, con cuyo auxilio pueden hacerse provechosas y reproductivas, pequeñas economías, nunca imposibles, para quien se propone realizarlas como el fin más importante y sagrado de su vida; nada hay que escuse á los ojos de la opinión pública al que no se decide á tomar en tiempo oportuno una precaución que tan poco le cuesta y que tantas ventajas le puede proporcionar.

Nos inspiran estas líneas las repetidas cartas que recibimos, y noticias que tenemos, de familias desamparadas y sumidas en la última miseria, por la incuria de aquellos que pudiendo haberlas asegurado un pequeño socorro que las librara al menos de las más apremiantes necesidades, les han dejado por única herencia la miseria, y por toda esperanza la caridad pública.

No queremos, sin embargo, ser demasiado severos con estos infelices, aunque descuidados profesores. Sin duda esperaban mejores tiempos para inscribirse con desahogo en las sociedades que velan por la viuda y por los huérfanos; contaban con la probabilidad de vivir, y sus continuas agitacione- nes, la escasez de recursos para atender á sus obligaciones diarias, no les dejaban tiempo para pensar en la muerte. Pero á lo menos estaban engañados, alucinados; su conducta era

poco cuerda y nosotros tenemos el deber de presentarla á la faz pública y calificarla como merece, para que llame la atención, para que pueda servir de escarmiento y evitar á algunos calamidades parecidas.

¿Cómo no habíamos de afectarnos dolorosamente y desear que las clases médicas salgan respecto de este punto del letargo en que las vemos sumidas, cuando tenemos ante nuestros ojos el espectáculo de los hijos del licenciado en medicina C., acojidos por favor en un hospicio; á los seis que ha dejado el licenciado B., y á su desgraciada viuda sin auxilio de ningún género; á la dilatada familia del cirujano S., compuesta de su mujer y siete hijos, implorando la caridad confraternal; á.... Pero ¿á qué acumular otros casos? Con gravísimo dolor nos vemos obligados á desoir las escitaciones diarias que se nos dirigen, para que abramos suscripciones en nuestro periódico á favor de estos y otros muchos desgraciados. Comprendemos bien que la posición de nuestros suscritores no les permite hacer á cada paso sacrificios de este género, y retrocedemos ante la imposibilidad material de socorrer á un mismo tiempo tantos y tan graves infortunios. No queremos pecar de importunos llamando tan repetidamente á las puertas de la caridad, nunca desmentida, de nuestros buenos hermanos: todo tiene un límite, y el de las suscripciones públicas parece hallarse en circunstancias escepcionales que las autoricen; pues de otro modo vendrían á multiplicarse de tal modo que perderían su eficacia.

Terminaremos estas líneas, destinadas principalmente á llamar la atención de nuestros lectores sobre la necesidad de la previsión, insertando la última carta que hemos recibido y que procede de una de las familias indicadas. Por más que no nos resolvamos á abrir de nuevo una suscripción, después de las que se han cerrado recientemente, no podemos negar al menos á la viuda del cirujano Sr. S. el consuelo que nos reclama. Nuestros lectores se enterarán de su desgracia y podrán si gustan socorrerla de la manera que estimen conveniente, y muchos aprenderán tal vez con este nuevo ejemplo á prevenirse contra las terribles eventualidades, que podrán algún día oprimir con todo su peso á las prendas de su mayor cariño.

Dice así la carta á que nos referimos:

Sr. Director de EL SIGLO MÉDICO.

Mi respetable señor: Habiendo visto varias veces recomendar en el apreciable periódico, que con tanto acierto dirige, la caridad para con aquellas familias que quedan sumergidas en la indigencia por fallecimiento de un profesor de medicina ó cirujía, me tomé la libertad, Sr. Director, de dirigirme á Vd. manifestándole que comprendida por desgracia recientemente en el número de aquellas, me hallo en la necesidad de recurrir á la caridad para atender á la subsistencia de mi dilatada familia. Esposa de Francisco Sirray, profesor de cirugía (suscritor á EL SIGLO MÉDICO), acaba de dejarme heredera de siete hijos, el mayor de 18 años, para cuya manutención y educación y nuestro modesto pasar necesitábamos la módica asignación con que contaba mi difunto esposo. Trasladados recientemente á este pueblo, donde le ha sorprendido la muerte, no contamos con otros medios de subsistencia que el insinuado de la caridad y el que con tanto desprendimiento y desinterés se han ofrecido á prestarnos D. José Echeverría y D. Leon Herrero, profesores y colaterales de partido de mi esposo, quienes se han brindado á servir gratuitamente por un semestre al que este tenía escriturado; haciendo este grande beneficio á una familia desgraciada. D. Francisco Buldain, farmacéutico, en unión con los profesores antedichos, costearon todo lo concerniente á su entierro; y el señor párroco de este pueblo, con una caridad verdaderamente evangélica, celebró sin retribución alguna los sufragios por el descanso de su alma.

Espero, Sr. Director, que dará lugar en su periódico, aun cuando sea en la última línea (que para mí será la primera), á la relación sencilla que llevo espuesta, para que los lectores tiendan la mano á una afligida madre que queda mirando á siete hijos: mire, pues, Sr. Director, de estampar lo que llevo espuesto, á lo que quedará eternamente agradecida.

MARTINA ANSOAIN.

Iraizoz 6 de agosto de 1863.

CARTAS DE UN MÉDICO ESPAÑOL QUE VIAJA POR EL IMPERIO
DE MARRUECOS.

Marruecos 30 de mayo de 1863.

Sr. D. MATIAS NIETO SERRANO.

Al amanecer del 17 de mayo, el campamento todo estaba en movimiento; era una mañana deliciosa de primavera. Había pasado la primera noche que dormimos acampados en compañía del capitán de E. M. con el cual en otra ocasión y por algunos meses también en Africa, había probado esa misma vida: ¡pero qué diferencia tan notable entre aquella y esta! ¡Entonces el odio, la guerra con todos sus aparatos y estragos! Ahora felizmente en ese mismo país, confraternizamos unos con otros, y ambas naciones, antes tan rivales, encuéntrase ahora unidas con la más sincera y leal amistad, recibiendo nosotros cada día nuevas pruebas de afecto y respeto de los que en otro tiempo fueron nuestros enemigos; y viéndose hoy el nombre español, antes menospreciado en este suelo, elevado á una altura de consideración, que no conoce muy bien la opinión pública en España.

Pero volviendo á nuestro relato; por disposición del Caid del Abbés, nuestras tiendas estuvieron colocadas como él mandó, que fué formando un pequeño círculo de todas ellas, y circundándonos los moros de su escolta con las suyas; la del Caid próxima á la del ministro, el cual como es consiguiente vivía solo ocupando una magnífica, que por orden del Sultan traían para él, y ocupaba además otra, que destinó para comedor y salón, sirviendo también de capilla donde los días festivos celebraba el R. P. Fr. Gregorio Martínez. La kabila de Jaja puso su campamento algo separado de nosotros, si bien durante la noche no cesamos de oír las voces de los centinelas que tenían puestos para nuestra custodia.

Después del desayuno, cargadas las acémilas, siendo las siete y media de la mañana, el ministro dió la orden de partir; cada cual tomó la cabalgadura del día anterior y emprendimos el camino: no habíamos andado cien pasos cuando montado en una mula, se presentó por primera vez á nuestro ministro el Bajá Gobernador de la kabila de Jaja, que como llevamos dicho no lo había hecho antes por hallarse enfermo; disculpó su falta de asistencia; y el ministro, después de enterarse del estado de su salud, le dió gracias por su buen deseo y comportamiento recibido de la kabila que manda, añadiéndole que si deseaba le vería el médico de la legación que iba en su compañía; á lo que contestó que á la vuelta, si no estaba mejor, aceptaría con gusto su ofrecimiento. Despedímonos y seguimos nuestro camino, colocándose las fuerzas, tanto de la kabila como de la escolta, en la misma forma y orden que dije á Vd. en mi carta anterior.

El Bajá de la citada kabila de Jaja, se llama Jche Abdalá Biji: su nombre es conocido en todo el imperio; tendrá unos sesenta y cinco años de edad, su rostro es simpático, de barba canosa, y todo en él denota el hombre acostumbrado al mando: treinta años hace que gobierna esta kabila, que consta de doce distritos, tenidos por los más ricos, valientes y subordinados á su jefe de todo el imperio. Su recta administración, la severidad de los castigos que impone á los delincuentes; su pródiga caridad para con los pobres y los rasgos de valor que de él cuentan cuando joven, le hacen tan querido como respetado y temido de todos los suyos. El mismo Emperador hace de él una singular distinción, aprobando siempre sus disposiciones y toda resolución que de él emana. Así es que él dispone de la manera de pagar los tributos, obrando con la mayor independencia en todo, más bien como un pequeño Sultan, que como simple Bajá.

Habíamos andado como una legua, y la kabila de Jaja tocaba al término de su jurisdicción; pero como por orden del Sultan están prevenidas las kabilas todas por donde transitamos, para que cada una de ellas nos acompañe, escolte y obsequie, durante la permanencia en su territorio, ya estaba esperándonos al principio del suyo la kabila de Siedma, y su Caid ó Jefe puesto á la cabeza de ella. Esta traía cinco estandartes; la caballería, puesta en una fila, nos aguardaba á la derecha del camino, y á la izquierda los moros de á pie; esta fuerza se componía de quinientos caballos y otros tantos infantes: el Caid del Abbés presentó á nuestro ministro al jefe de esta nueva kabila, que se llama Homar-helna Sagui: y despidiéndose el que venía mandando la de Jaja, estos se volvieron para sus aduaries, y continuamos marchando, colocándose unos y otros del mismo modo que anteriormente.

A la hora llegamos á un aduar con algunas casas malamen-

te fabricadas. Las moras, tapadas con sus jaiques, colocadas en puntos elevados, daban gritos muy sostenidos (por cierto no desagradables), y los que conocen sus costumbres nos dijeron que eran señales de alegría que espresan de ese modo: allí quiso obsequiarnos la nueva kabila y descansamos por largo rato, durante el cual no cesó la caballería de dar corridas de pólvora en un todo parecidas á las que describí á Vd. en mi primera carta: este descanso nos retrasó la jornada, llegando á la una y media al sitio donde habíamos de acampar, y en el que estaban colocadas las tiendas cuando llegamos, del mismo modo que el día anterior. Este sitio se llama Heusan que quiere decir lugar de los reptiles: en esta jornada hemos pasado un calor inmenso, propio del país en que estamos.

El terreno por donde hemos atravesado, es bastante desigual, no tiene monte alguno, pero si dos ó tres cuestras ásperas de pura caliza; en la generalidad de estos terrenos, á diferencia de los anteriores, hemos visto que predomina algo más la arcilla que la arena, su color es más pardo y mayor el humus que contienen en particular los sitios cultivados que hemos visto: á pesar de todo estas tierras son ligeras, bastante pedregosas, compuestas en su mayor parte de carbonatos calizos con interposición de sustancias silíceas: otros sitios que hemos visto están provistos de agua con qué regar algunas tierras; los detritus vegetales y animales, el abono y demás circunstancias han cambiado la índole de ellas, y son las pocas regulares que hemos hallado en este día.

A pesar de las condiciones, al parecer poco favorables para la vegetación en estos terrenos, donde el olivo, el palmito, la retama, el espinillo silvestre y demás plantas tienen poco desarrollo, existe en ellos sin embargo una especie vegetal que vive lozana, llena de frondosidad y cuyos gruesos troncos distribuidos en uno ó en varios piés de planta de gigantesca elevación, dan á conocer la antigüedad y larga fecha de su existencia: llámase *argan* en este país, y desconozco su nombre botánico, por no tener libros en mi poder para poderle clasificar. Con el fruto de este árbol obtienen un aceite de bastante buen gusto, constituyendo uno de los medios de riqueza en el país, pues la extensión de bosques que en él hay, ocupa muchas leguas.

Este árbol, por lo que he visto y datos tomados de los naturales, nasce espontáneamente; no se le cultiva nunca y corresponde á la gran división de las plantas dicotiledóneas; sus raíces son gruesas y leñosas como todo él, profundizando mucho en la tierra; su tallo ó tronco, á uno ó dos metros de altura se distribuye en varias ramas y estas en ramos hasta un número indefinido; su epidermis es áspera y resquebrajada en los muy añejos, menos áspera en los más jóvenes; su madera dura y compacta tanto en sus capas corticales como en su lignum; cortado transversalmente, descubre bien cada una de dichas capas. El grosor de su tronco es variable y dependiente de la antigüedad del árbol y condiciones del terreno en que vive; existiendo algunos que tendrán dos y tres palmos de diámetro: se hallan en la terminación de sus ramos y algunas veces en el origen de las hojas, unas escrescencias espinosas, de una y dos pulgadas de longitud, muy agudas en su punta: en el estado en que hemos visto estos vegetales, se hallan muy cubiertos de hojas, colocadas en pequeños manojos, sostenidas por un peciolo muy delgado de una ó dos líneas de longitud; su consistencia es herbácea, su figura oblonga, de media pulgada de longitud, bastante verdes y lisas por el haz, ligeramente tomentosas, por el envés y de bordes lisos. Son estos árboles de bastante elevación, muy copudos, y á distancia parecen encinas, si bien el color más verdoso de sus hojas las distingue de estas.

Su fruto, que espontáneamente se desprende del árbol en los meses de verano, viene á ser de la magnitud y forma de una ciruela común, de color verdoso antes de madurar, amarillo de paja cuando está sazonado; su parte carnosa ó sarcocarpo sirve para alimentar el ganado cabrio y lanar, dejando estos escapar la almendra que contiene, que es oval, muy dura al partirse, de una sola ventalla, quedando dividida en dos piezas cuando está abierta. Hallanse dentro los cotiledones de color blanco, aplanados, laminosos, de un gusto amargo, comunmente duplicados, y separados por un tabique leñoso. Estos cotiledones son los que se benefician. Los procedimientos y medios para obtener el aceite son muy sencillos, y de ellos me ocuparé en otro escrito.

Este árbol reúne la buena circunstancia de criarse espontáneamente, lo mismo en terrenos pedregosos que en los de poca consistencia, no necesitando género alguno de abono, ni gasto para criarle ni cultivarle después, pudiendo sin em-

bargo obtenerse de él un fruto abundante, que sirviendo primero de pasto para los ganados, permite luego beneficiar el aceite que contiene, lo mismo que sus troncos para madera de construcción, leña, carbon, etc.; y como quiera que en España existan terrenos estensísimos sin vegetación alguna, cuya semejanza con estos es muy notable, como en Sierra Morena, nuestro ministro residente ha remitido a España algunas cantidades de semilla y piensa enviar más, siendo de desear que no deje de practicarse el ensayo, pues si pudiera conseguirse la aclimatación, abriría un medio de riqueza más en terrenos que hasta aquí han sido eriales é improductivos, como sucedería con el que llevamos dicho, y algunos más que pudieran aprovecharse en nuestro país.

Nada de particular nos ocurrió en los días 18 y 19 de mayo que merezca la pena de escribir á Vd., pues habiendo seguido acompañándonos la kabila de Siedma hasta el día 20 que entramos en otro partido, y relevados por nueva kabila, ningún incidente notable tuvimos en esas marchas, si se exceptúa el haber pasado de un terreno, donde los bosques de argan eran tan espesos y frondosos, á otro estéril é infecundo, donde no existen más que retamas y palmitos, lo que denota la índole arenisca y pobre de tales tierras. Esto y las estensas montañas que divisamos á la derecha del camino que seguimos, y que nos dicen ser las derivaciones y estridos del grande Atlas, es todo lo particular que observamos en dichos días.

Concluyo esta carta prometiéndole que, en cuanto tenga ocasión, le hablaré del estado de la medicina en este país, enfermedades que en él reinan, medios que se emplean para su curación y todo aquello que tiene relación con nuestra ciencia y demás datos que pueda sacar de este país con aplicación á la misma.

Suyo afectísimo amigo Q. B. S. M.

FRANCISCO ESTEVE Y SORIANO.

CRÓNICA.

Estado sanitario de Madrid.—Ha sido tal el cambio que sufrió la temperatura en la presente semana comparada con la de las anteriores, que algunas madrugadas y noches llegó á marcar el termómetro 6 grados con vientos fuertes del Norte y Nord-Este: en el centro de algunos días subió algunos grados la columna termométrica, pero sin que pasase de los 24: el barómetro en el buen tiempo y marcando la misma presión atmosférica; y la atmósfera despejada.

También las enfermedades por efecto de este brusco cambio de temperatura, sufrieron alguna modificación: así es que reinaron las calenturas catarrales, las gástricas, las fluxiones á la boca, ojos y oídos, las toses, los corizas, las ronqueras, las anginas y los dolores reumáticos y nerviosos. Aunque raros, hubo alguno que otro caso de pleuresía, de pulmonía y de apoplejía, casi todos mortales, á pesar de haberse acudido á las medicaciones más activas y oportunas.

Vacante.—Según la Gaceta del 8 del corriente se anuncia una vacante de ayudante mayor del Hospital General de esta corte con 4,500 rs. de dotación. Los que deseen obtenerla y reúnan los requisitos prevenidos en el reglamento de 30 de junio de 1858, presentarán sus solicitudes á la Dirección de Beneficencia y Sanidad, dentro del plazo de 20 días contados desde la fecha de este anuncio.

Nombramiento.—Lo ha obtenido de médico forense del distrito de la Audiencia, por renuncia de D. Andrés del Busto, el Sr. D. Nemesio Caracás y Hernandez.

Importe del servicio médico forense.—Según resulta de una nota remitida al Ministerio de Gracia y Justicia, los honorarios devengados por los médicos forenses en los juzgados correspondientes á una sola Audiencia territorial, durante el primer semestre, importan más de lo que hay presupuestado para el pago de este servicio en toda la península. En atención al gran número de causas en que intervienen estos funcionarios y á la exigua cantidad destinada para satisfacerles sus derechos, no era de esperar otro resultado; y en su vista, esperamos también que el Sr. Ministro del ramo someta á la aprobación de las Cortes en la próxima legislatura el conveniente proyecto de ley, para pagar religiosamente á los médicos forenses y á todos los demás facultativos cuantos servicios hayan prestado ó prestaren á la administración de justicia.

Propuesta.—El Dr. D. Andrés del Busto, director de La España Médica, ha sido propuesto para la cruz de Isabel la Católica, en recompensa de los servicios que ha prestado á la administración de justicia en el tiempo que ha desempeñado la plaza de médico forense. Nos parece justa y bien merecida esta recompensa.

Pregunta.—Si á un individuo que ha recibido una herida en la cabeza se le prescriben y le practican bien dos sangrias, y por su mala encarnadura se enconan y se inflaman las cisuras de estas y la inflamación se propaga y estendiéndose á la mano y al antebrazo; ¿será responsable el profesor, estando indicadas y practicadas en

toda regla las sangrias, de que el herido sucumba ó quede impedido del espresado miembro?—Suceda lo que quiera, el profesor no incurre en este ni en ningún caso en responsabilidad alguna cuando procede concienzudamente y con arreglo á los preceptos de la ciencia; solo pudiera hacerse algún cargo al sangrador, si se probara que para practicar las sangrias había empleado lancetas sucias ó impregnadas de algún virus procedente de otro enfermo. Pero esto no es probable ni aun presumible, mucho menos si en la herida de la cabeza se presentaron también señales de la mala encarnadura del sugeto.

Intruso reincidente y recalcitrante.—El celoso gobernador de la provincia de Murcia, en vista de la ineficacia de las multas y de la repetición de las quejas de los subdelegados, de la Real Academia de medicina y de la mayor parte de los médicos de aquella capital, ha mandado formar causa al cirujano de tercera clase D. Pedro Martínez, representante de la secta homeopática en la misma ciudad, por haber insultado públicamente al subdelegado de medicina que ha denunciado sus atrevidas y escandalosas intrusiones. Este cirujano se titula y se da el aire de médico-cirujano homeopata, y como es más fácil y más cómodo el administrar globulos que el abrir abscesos, reducir fracturas y aplicar vendajes, se ha dedicado exclusivamente á ejercer la medicina de Hanemann, para la cual se considera tan autorizado como el mismo fundador de la secta.

Condecoración.—A nuestro amigo y compañero el licenciado D. Antonio María Zurita, establecido en Priego, le ha sido concedida la Cruz de Epidemias por los servicios que prestó en dicha villa el año de 1855.

Curiosidad.—Nos pregunta un apreciable suscriptor por qué no se ha nombrado todavía médico de número del hospital de Zaragoza al profesor que ocupaba el primer lugar de la propuesta, siendo así que las oposiciones á esta plaza se concluyeron mucho antes que las de la plaza de cirujano de número de la Beneficencia provincial de Madrid, para la cual ha sido ya nombrado el Dr. Guallart? Ignoramos la causa de la tardanza, aunque suponemos que el nombramiento estará esperando la firma del señor ministro de la Gobernación.

Obra utilísima.—La Clínica médica del Hotel-Dieu de Paris, por A. Trousseau, que anunciamos en el lugar correspondiente, es una de esas obras que sirven de guía al práctico en el ejercicio de la profesión, y que deben ser consultadas frecuentemente en los casos dudosos. Está perfectamente traducida por el Sr. D. Eduardo Sanchez Rubio.

Chiste necrológico.—Precisamente en el mismo día que publicamos la certificación de nuestra sanidad y robustez (timbre de periódicos) ha dado un colega de Barcelona, el encomiador de la piedra escorzonera, la noticia de que ha dejado de existir El Siglo Médico. Los inocentes alfilerazos que nos remite aquel gracioso periódico, no alteran nuestra salud ni nuestro buen humor, ni exigen la aplicación de su idolatrada piedra.

Estado sanitario de la Isla de Cuba.—Uno de nuestros corresponsales de la referida Antilla nos escribe que el estado sanitario era satisfactorio, pues á pesar de la estación calurosa, los casos de fiebre se presentaban en pequeño número. El croup seguía causando víctimas entre los párvulos.

Durante el próximo pasado mes de junio han ocurrido en toda la isla 340 casos y 65 fallecimientos de fiebre amarilla, y 22 y 8 respectivamente de viruelas.—En junio de 1862 hubo de la primera enfermedad 828 casos y 152 defunciones, y de la segunda 172 y 44; por manera que, como se vé, en ambas se presenta el año actual, considerablemente más benigno que el anterior.—De la comparación entre mayo y junio últimos resulta una diferencia adversa, pero muy natural, respecto del segundo, en la fiebre amarilla, pues mientras en mayo hubo solo 60 casos y 17 defunciones de ella, en junio llegaron unos y otras á las cifras que quedan mencionadas.

Heridas durante las disecciones.—En Burdeos ha ocurrido un caso más de los muchos que prueban los peligros de las cortaduras que se sufren diseccionando los cadáveres. Un alumno interno llamado Laustallot ha muerto á consecuencia de una de estas heridas sin que hayan podido salvarle los auxilios de la ciencia.

Entusiasmo científico.—El capitalista ruso Sr. Silderow, establecido hace tiempo en Siberia, donde ha realizado una fortuna inmensa, ha ofrecido al Gobierno ruso 16 millones de reales para la fundación de una Universidad, comprometiéndose además á pagar durante diez años una pensión de 160,000 reales para pago de profesores y formación de gabinetes de física y de historia natural.

Congreso científico.—Se ha celebrado en Stokolmo el Congreso de los naturalistas escandinavos, á presencia del rey y del príncipe Oscar y bajo la presidencia del profesor Malmsten, consejero de Estado. Han asistido quinientos miembros. El presidente abrió la sesión con un discurso sobre los progresos de la historia natural y el estado actual de esta ciencia.

Elección.—Ha sido nombrado el Sr. Blot miembro de la Academia imperial de medicina de Paris, en la plaza vacante en la sección de obstetricia.

Congreso.—El trigésimo octavo de los naturalistas alemanes se verificará en Stettin desde el 18 al 24 de setiembre próximo. Están invitados los extranjeros que quieran concurrir.

Reactivos de los cuerpos grasos.—Segun el señor Lightfoot, si cuando está moviéndose el alcanfor en el agua, se añade a esta una cortísima cantidad de ciertos cuerpos grasos, como la manteca de cerdo y de cacao, el tocino, el jabon, el aceite comun, de linaza, de palmera, el bálsamo de copaiba y la mayor parte de los aceites esenciales, se verifica un curioso fenómeno. Queda el alcanfor privado instantáneamente, y como por un efecto mágico, de todo movimiento. Representa el cuadro de la actividad vital convertida de pronto en la inmovilidad de la muerte. Basta la menor partícula del reactivo para comprobar esta propiedad del alcanfor.

Peligros de la embriotomía.—De cinco casos citados por el Sr. Pajot, en que la extraordinaria estrechez de la pélvis obligó á recurrir á la embriotomía, en cuatro sucumbieron las mujeres, y solo en uno pudo sobrevivir la operada á la metro-peritonitis consecutiva. Esta es una razon más para optar por la operacion cesárea en los casos en que, siendo imposible el parto, contenga el útero una criatura viable.

Nueva teoría de la putrefacción.—Segun el señor Pasteur, la putrefacción procede del desarrollo de dos órdenes de animalillos microscópicos, unos que se apoderan del oxígeno y no pueden vivir sin él, y otros que solo viven sustraídos á la influencia del oxígeno: llama á los primeros *aerobios* y á los segundos *anaerobios*. Algunas de estas aserciones son hechos observados; pero creemos que el Sr. Pasteur se apresura demasiado á fundar en tales hechos una teoría completa.

Otro antiperiódico.—Los Dres. Abel y Motta han ensayado en Lisboa un nuevo antiperiódico acreditado en Maranhão con el nombre de tintura de Caferana ó Jackareuru. Los resultados parece que han sido satisfactorios, aunque no bastante concluyentes. Con este motivo observan dichos profesores, que nosiempre la abundancia de remedios contra una enfermedad acredita la incurabilidad de esta; puesto que son muchos los febrífugos que se conocen, y algunos de ellos muy seguros.

Informe sobre las vivisecciones.—Se ha leído en la Academia de medicina de París un informe sobre las vivisecciones, reclamado por el Gobierno, en virtud de una memoria dirigida desde Inglaterra por la *Sociedad protectora de los animales*, y suscrito por el difunto académico Moquin-Tardon. Parece que en este informe se rebaten las exageraciones de la memoria inglesa, sin dejar de condenar ciertos excesos en que incurre á veces la práctica de las vivisecciones.

ESTAFETA DE LOS PARTIDOS.

Los que deseen solicitar la vacante de médico-cirujano titular de Rafaelbuñol, partido judicial de Murviedro, provincia de Valencia, antes de hacerlo podrán dirigirse al profesor que actualmente existe, el cual les pondrá al corriente de lo que pasa y les puede ocurrir.

VACANTES.

LO ESTÁN. La plaza de médico-cirujano de Sotillo del Rincón y cuatro anejos, provincia de Burgos; su dotación 1,000 rs. por asistir á 20 pobres, del presupuesto municipal, y 8,000 rs. de los pudientes y casa. Las solicitudes hasta el 10 de setiembre.

—La de médico-cirujano de Casas de D. Gomez, provincia de Cáceres; su dotación 3,000 rs. pagados trimestralmente del presupuesto municipal por asistir á los pobres y casos de oficio, y las iguales con 150 vecinos. Las solicitudes hasta el 14 de setiembre.

—La de médico-cirujano de Pelayos, en el partido de Alba de Tormes, para la asistencia de seis á ocho familias pobres que señalará la Junta de Beneficencia, cuya dotación consiste en 200 rs. anuales, pagados por trimestres vencidos con cargo al presupuesto de gastos municipales. Los aspirantes dirigirán sus solicitudes al ayuntamiento dentro del término de un mes, á contar desde la publicación en el *Boletín oficial* de la provincia. Pelayos 25 de julio de 1863.—El Alcalde, Ramón Arévalo.

—Las dos plazas de médico-cirujano de Villanueva del Rey, provincia de Córdoba, dotadas cada una con 3,000 rs. por la asistencia de los pobres, y además las iguales con los vecinos pudientes. Las solicitudes hasta el 15 de setiembre.

—Una de las dos plazas de médico-cirujano de Estepona, provincia de Málaga; su dotación 3,285 rs. Las solicitudes hasta el 15 de setiembre.

—La de médico-cirujano de Puebla de Alcañin, provincia de Málaga; su dotación 4,000 rs. de fondos municipales, y además las iguales con 540 vecinos. Las solicitudes hasta el 15 de setiembre.

—La de médico-cirujano de Fuentidueña de Tajo, en la provincia de Madrid, de cuya capital dista 11 leguas, su población es de 240 vecinos; la dotación (que se paga mensual y exactamente) 2,200 rs. de fondos municipales por asistir á los pobres, y 7,300 rs. y casa de los demás vecinos por asistencia en todas las enfermedades incluso los partos. Se admiten solicitudes hasta el día 10 de setiembre próximo, las cuales se

dirigirán al Sr. Alcalde. Fuentidueña de Tajo agosto 10 de 1863.—El Alcalde, Roman Sanchez Carralero.

—La de médico-cirujano de Villarrin de Campos, provincia de Zamora, por renuncia del que la obtenia; su dotación 1,500 rs. pagados de fondos municipales por la asistencia de 40 familias pobres, y 9,000 que producen las iguales de 260 vecinos acomodados, pagados por trimestres, y cobrados por el Ayuntamiento, con más los partos y golpes de mano airada y libre de toda clase de contribuciones. Las solicitudes á la secretaría del Ayuntamiento hasta el 20 de setiembre próximo que se proveerá. El Secretario, Ambrosio Ferreras.

—La de médico-cirujano de Capillas, provincia de Palencia; su dotación 2,000 rs. pagados por trimestres por asistir á 34 pobres, y las iguales que ascenderán á 10,000 rs. Las solicitudes hasta el 28 del corriente. Los farmacéuticos que deseen contratar las medicinas para dichos pobres, dirigirán sus solicitudes y proposiciones al Sr. Alcalde, hasta dicho día.

—La de médico-cirujano de Puebla de Obando, provincia de Badajoz; su dotación 8,000 rs. De los fondos municipales se abonan trimestralmente 2,000 rs., y los 6,000 restantes de reparto vecinal; su población 430 vecinos. Las solicitudes hasta el 31 del corriente.

—La de médico-cirujano de Rasueros, provincia de Avila, su población 156 vecinos; su dotación 1,500 rs. del presupuesto municipal por asistir á los pobres, y las iguales con los pudientes que ascenderán á 9,000 rs. y casa. Las solicitudes hasta el 10 de setiembre.

—La de médico-cirujano de Madrigalejo, provincia de Toledo; su dotación 2,000 rs. por la asistencia de los pobres; su población 386 vecinos. Las solicitudes en el término de 30 días.

—La de médico-cirujano de Cedillo, provincia de Toledo, su población 273 vecinos; su dotación 9,500 rs. pagados por el ayuntamiento. Las solicitudes hasta el 31 del corriente.

—La de médico-cirujano de Lepe, provincia de Huelva; su dotación 6,600 rs., y las iguales con los vecinos pudientes. Las solicitudes hasta el 24 de setiembre.

—La de médico de Azanui, provincia de Huesca, su población 250 vecinos; su dotación 5,500 rs. y casa. Las solicitudes hasta el 31 del corriente.

—La de médico de Castillo de Locubin, provincia de Jaén; su dotación 6,000 rs. pagados de propios, y las iguales que ascenderán á 150 fanegas de trigo, la población 4,190 vecinos. Las solicitudes hasta el 10 de setiembre.

—Las de médico y cirujano de Laza, provincia de Orense; la dotación del primero 5,500 rs., y la del segundo 4,500 satisfechos de fondos municipales. Las solicitudes hasta el 24 de setiembre.

—La de cirujano de Tapia, provincia de Oviedo; su dotación 3,000 reales pagados de fondos municipales. Las solicitudes hasta el 24 de setiembre.

—La de cirujano de Almenar y tres anejos, provincia de Soria; su dotación 325 rs. por la asistencia de 13 familias pobres, y 530 medias de trigo pagadas entre los vecinos pudientes. Las solicitudes hasta el 17 de setiembre.

—La de cirujano de Carazo, provincia de Burgos; su dotación 160 fanegas de trigo, satisfechas por el ayuntamiento cobrables de los vecinos, 500 rs. y casa. Las solicitudes hasta el 14 de setiembre.

—La de cirujano de Madrigal del Monte, provincia de Burgos y un anejo, su dotación 150 fanegas de trigo, casa y aprovechamiento como vecino. Las solicitudes hasta el 14 de setiembre.

ANUNCIO.

CLÍNICA MÉDICA DEL HOTEL-DIEU DE PARÍS, POR A. TROUSSEAU, catedrático de clínica médica de la Facultad de medicina de París; médico del Hôtel-Dieu; miembro de la Academia imperial de medicina; comendador de la Legion de Honor; gran oficial de la orden del León y del Sol, de Persia; ex-representante del pueblo en la Asamblea nacional, etc., etc.; vertida al castellano por D. E. Sanchez y Rubio, licenciado en medicina y cirugía, premiado por la Facultad de medicina de Madrid. Traducción exclusiva con arreglo al tratado de propiedad literaria entre España y Francia.

Ha terminado la publicación de esta importante obra, que consta de dos tomos: el primero de 934 páginas y el segundo de 932, en 4.º español, impresion compacta y esmerada.

Se vende á 100 rs. para toda España, en la administración, calle de la Union, núm. 1, piso tercero izquierdo, y en las librerías de Bailly-Bailliere, plaza del Principe D. Alfonso (antes de Santa Ana); Moya y Plaza, calle de Carretas.

En América, en casa de los corresponsales de D. Leocadio Lopez. Remitiendo el importe de la obra á la administración, se envía franca de porte á vuelta de correo.

Las letras, libranzas ó cartas-órdenes dirigidas desde provincias, se extenderán á favor de D. Eduardo Sanchez y Rubio.

Por todo lo no firmado:

El Srío. de la Redacción, R. SANFRUTOS.

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID.—1863.—IMPRESA DE M. DE ROJAS.

Pretit de los Consejos, 3, pal.